

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum  Non praevalent

Año LX, número 1 (2.800)

Ciudad del Vaticano

6 de enero de 2023

El funeral de Benedicto XVI oficiado por el Papa Francisco

«Fiel amigo del Esposo, que tu gozo sea perfecto»

“Benedicto, fiel amigo del Esposo, que tu gozo sea perfecto al oír definitivamente y para siempre su voz”, con estas palabras Francisco concluyó su homilía en la misa funeral del Papa emérito Benedicto XVI, fallecido el pasado 31 de diciembre a los 95 años tras casi 10 desde su renuncia al pontificado.

En una plaza de San Pedro envuelta en un manto de neblina, miles de fieles se congregaron, en la mañana del jueves 5 de enero, para participar en la misa exequial del Papa emérito Benedicto XVI y darle su último saludo. Son personas de todas las edades y nacionalidades, jóvenes, laicos, sacerdotes y también familias, monjas, grupos de Italia y Alemania, con banderas y pancartas.

El Papa Francisco llegó hacia las 9.20 horas, en silla de ruedas, y tomó lugar en el palco, dando inicio a la celebración fúnebre, concelebrada por unos 130 cardenales, 400 obispos y casi 3.700 sacerdotes. La homilía de Francisco, que leyó sentado debido a sus problemas de rodilla, comenzó con las palabras “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”, que son las últimas que el Señor pronunció en la cruz según el Evangelio. Es la primera vez en la historia reciente que un Papa preside el funeral de otro Pontífice. El papa Francisco destacó la “sabiduría, delicadeza y entrega” que Benedicto XVI “supo esparcir a lo largo de los años” en la homilía de la misa funeral por el pontífice emérito. “También nosotros, aferrados a las últimas palabras del Señor y al testimonio que marcó su vida, queremos, como comunidad eclesial, seguir sus huellas y confiar a nuestro hermano en las manos del Padre: que estas manos de misericordia encuentren su lámpara encendida con el aceite del Evangelio, que él esparció y testimonió durante su vida”, dijo Francisco.

Los restos mortales de Benedicto XVI fueron colocados en el centro del atrio de la plaza vaticana, tras una procesión desde el interior de la basílica y después de que este miércoles, al cierre de una capilla ardiente que han visitado casi 200.000 personas, fueran introducidos en un féretro de madera de ciprés, como manda la tradición.



BENEDICTO XVI

Si en esta hora tardía de mi vida miro hacia atrás, hacia las décadas que he vivido, veo en primer lugar cuántas razones tengo para dar gracias. Ante todo, doy gracias a Dios mismo, dador de todo bien, que me ha dado la vida y me ha guiado en diversos momentos de confusión; siempre me ha levantado cuando empezaba a resbalar y siempre me ha devuelto la

El testamento espiritual

Se ha publicado el texto redactado por Joseph Ratzinger el 29 de agosto de 2006

luz de su semblante. En retrospectiva, veo y comprendo que incluso los tramos oscuros y agotadores de este camino fueron para mi salvación y que fue en ellos donde Él me guió bien.

Doy las gracias a mis padres, que me dieron la vida en una época difícil y que, a costa de grandes sacrificios, con su amor prepararon

SIGUE EN LA PÁGINA 5

ESTA SEMANA

Llamamiento del Papa

Paz para Ucrania y para los pueblos martirizados por la guerra

PÁGINA 6

Vísperas y “Te Deum”

Recuperar la amabilidad como virtud personal y cívica

PÁGINA 7

Carta apostólica de Francisco

Totum amoris est

PÁGINA 10

Fallecimiento de Benedicto XVI

Una vida gastada en encontrar el rostro de Jesús

FEDERICO LOMBARDI EN PÁGINA 14

“Dios es amor”, la clave del pontificado de Benedicto XVI

De cara a los escándalos y al carcerismo eclesial, el pontífice insistió en su llamado a la conversión, a la penitencia y a la humildad, proponiendo la imagen de una Iglesia libre de los privilegios materiales y políticos, para estar verdaderamente abierta al mundo.

ANDREA TORNIELLI

Desde 1417, la muerte de un (ex) Papa no significaba el final de un pontificado. La muerte de Benedicto XVI, Joseph Rat-

zinger, acaecida hoy el día 31 de diciembre en el Vaticano, casi 10 años después de su renuncia, anunciada por sorpresa el 11 de febrero de 2013 con la lectura de una breve declaración en latín ante los atónitos cardenales. Nunca en dos milenios de historia de la Iglesia un Papa había dejado la Cátedra por sentirse físicamente impedido de soportar el peso del pontificado. Además, en una respuesta

SIGUE EN LA PÁGINA 11

Bondad alegría y humildad

ANDREA MONDA

El 19 de abril de 2005, a las 18.44 horas, Joseph Ratzinger, que había cumplido 78 años tres días antes, fue elegido 265º Papa con el nombre de Benedicto XVI.

Todos recordamos las pocas pero densas palabras con las que se presentó desde la Loggia de las Bendiciones: “Queridos hermanos y hermanas, después del gran Papa Juan Pablo II los cardenales han elegido a un senci-

llo y humilde trabajador de la viña del Señor. Me consuela saber que el Señor sabe obrar y actuar incluso con instrumentos insuficientes, y sobre todo confío en vuestras oraciones. En la alegría del Señor resucitado, confiando en su ayuda permanente, sigamos adelante, el Señor nos ayudará y María, su Madre santísima, está de nuestro lado. Gracias”. Calificando de “grande” a su

SIGUE EN LA PÁGINA 15

El mensaje Urbi et Orbi el día de Navidad

El mundo está experimentando una grave carestía de paz

El Papa repasa las guerras olvidadas en el mundo y pide que no se utilice el hambre como arma de guerra

PÁGINA 3



Solemnidad de María Santísima Madre de Dios

Necesitamos esperanza

El Papa celebra la 56ª Jornada Mundial de la Paz y durante la misa en la basílica vaticana en el primer día del año invoca la paz por intercesión de la Virgen María signo de “esperanza”

PÁGINA 8



Navidad 2022 - Homilía de la Misa del 24 de diciembre en la Basílica Vaticana

Con el pensamiento en los niños devorados por la guerra, la pobreza y la injusticia

Con el pensamiento puesto en los niños "devorados por las guerras, la pobreza y la injusticia", el papa Francisco celebró la misa de Nochebuena a las 19.30 horas del sábado 24 de diciembre en la basílica vaticana. Publicamos, a continuación, el texto de la homilía pronunciada por el Pontífice.

¿Qué es lo que le sigue diciendo esta noche a nuestras vidas? Después de dos milenios del nacimiento de Jesús, después de muchas Navidades festejadas entre adornos y regalos, después de todo el consumismo que ha envuelto el misterio que celebramos, hay un riesgo: sabemos muchas cosas sobre la Navidad, pero nos olvidamos del significado. Y entonces, ¿cómo encontrar de nuevo el sentido de la Navidad? Y, sobre todo, ¿dónde buscarlo? El Evangelio del nacimiento de Jesús parece estar escrito precisamente para esto, para tomaros de la mano y llevarnos allí donde Dios quiere. Sigamos el Evangelio. De hecho, comienza con una situación parecida a la nuestra. Todos están ocupados, disponiendo la realización de un importante evento, el gran censo, que exigía muchos preparativos. En este sentido, el clima de entonces era semejante al que rodea hoy la Navidad. Pero la narración evangélica toma distancia de aquel escenario mundano; se separa de esa imagen para ir a encuadrar otra realidad, sobre la que insiste. Fija su atención en un pequeño objeto, aparentemente insignificante, que menciona tres veces y en el que convergen los protagonistas de la narración. En primer lugar, María, que coloca a Jesús «en un pesebre» (Lc 2,7); después los ángeles, que anuncian a los pastores «un niño recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (v. 12); finalmente, los pastores, que encuentran «al recién nacido acostado en el pesebre» (v. 16). Para encontrar de nuevo el sentido de la Navidad hay que mirar allí, al pesebre. Pero, ¿por qué el pe-

sebre es tan importante? Porque es el signo —no casual— con el que Cristo entra en la escena del mundo. Es el manifiesto con el que se presenta, el modo con el que Dios nace en la historia para hacer renacer la historia. Por lo tanto, ¿qué es lo que nos quiere decir a través del pesebre? Nos quiere decir al menos tres cosas: la cercanía, la pobreza y lo concreto. 1. La cercanía. El pesebre sirve para llevar la comida cerca de la boca y consumirla más rápido. Puede así simbolizar un aspecto de la humanidad: la voracidad en el consumir. Porque, mientras los animales en el establo consumen la comida, los hombres en el mundo, hambrientos de poder y de dinero, devoran de igual modo a sus vecinos, a sus hermanos. ¡Cuántas guerras! Y en tantos lugares, todavía hoy, la dignidad y la libertad se pisotean. Y las principales víctimas de la voracidad humana siempre son los frágiles, los débiles. En esta Navidad, como le sucedió a Jesús (cf. v. 7), una humanidad insaciable de dinero, insaciable de poder e insaciable de placer tampoco le hace sitio a los más pequeños, a los olvidados. Pienso sobre todo en los niños devorados por las guerras, la pobreza y la injusticia. Pero Jesús llega precisamente allí, un niño en el pesebre del descarte y del rechazo. En Él, niño de Belén, está cada niño. Y está la invitación a mirar la vida, la política y la historia con los ojos de los niños. En el pesebre del rechazo y de la incomodidad, Dios se acomoda, llega allí, porque allí está el problema de la humanidad, la indiferencia generada por la prisa voraz de poseer y consumir. Cristo nace allí y en ese pesebre lo descubrimos cercano. Llega donde se devora la comida para hacerse nuestro alimento. Dios no es un padre que devora a sus hijos, sino el Padre que en Jesús nos hace sus hijos y nos nutre de ternura. Llega

para tocarnos el corazón y decirnos que la única fuerza que cambia el curso de la historia es el amor. No permanece distante, no permanece potente, sino que se hace próximo y humilde; Él, que estaba sentado en el cielo, se deja recostar en un pesebre. Hermano, hermana, esta noche Dios se acerca a ti porque para Él eres importante. Desde el pesebre, como alimento para tu vida, te dice: "Si sientes que los acontecimientos te superan, si tu sentido de culpa y tu incapacidad te devoran, si tienes hambre de justicia, yo, Dios, estoy contigo. Sé lo que tú vives, lo he experimentado en el pesebre. Conozco tus miserias y tu historia. He nacido para decirte que estoy y estaré siempre cerca de ti". El pesebre de la Navidad, primer mensaje de un Dios niño, nos dice que Él está con nosotros, nos ama, nos busca. Animo, no te dejes vencer por el miedo, por la resignación, por el desánimo. Dios nace en un pesebre para hacerte renacer precisamente allí, donde pensabas que habías tocado fondo. No hay mal, no hay pecado del que Jesús no quiera y no pueda salvarte. Navidad quiere decir que Dios es cercano. ¡Que renazca la confianza! 2. El pesebre de Belén, además de la cercanía, nos habla también de la pobreza. Alrededor del pesebre, de hecho, no hay muchas cosas: maleza y algún animal y poco más. La gente no estaba en el frío establo de una vivienda, sino resguardada en los albergues. Pero Jesús nace en el pesebre y allí nos recuerda que no tuvo a nadie alrededor, sino a aquellos que lo querían: María, José y los pastores; todos eran pobres, unidos por el afecto y el asombro; no por riquezas y grandes posibilidades. El humilde pesebre, por tanto, saca a relucir las verdaderas riquezas de la vida: no el dinero y el poder, sino las relaciones y las personas. Y la primera persona, la primera ri-



queza, es precisamente Jesús. Pero, ¿queremos estar a su lado? ¿Nos acercamos a Él, amamos su pobreza, o preferimos quedarnos cómodos en nuestros intereses? Sobre todo, ¿lo visitamos donde Él se encuentra, es decir, en los pobres pesebres de nuestro mundo? Allí Él está presente. Y nosotros estamos llamados a ser una Iglesia que adora a Jesús pobre y sirve a Jesús en los pobres. Como dijo un obispo santo: «la Iglesia [...] apoya y bendice los esfuerzos por transformar estas estructuras de injusticia y sólo pone una condición: que las transformaciones sociales, económicas y políticas redunden en verdadero beneficio de los pobres» (San Óscar Arnulfo Romero, «La Verdad, Fuerza de la Paz» Mensaje pastoral de Año Nuevo, 1 enero 1980). Ciertamente, no es fácil dejar la tibia calidez de la mundanidad para abrazar la belleza agreste de la gruta de Belén, pero recordemos que no es verdaderamente Navidad sin los pobres. Sin ellos se festeja la Navidad, pero no la de Jesús. Hermanos, hermanas, en Navidad, Dios es pobre. ¡Que renazca la caridad! 3. Llegamos así al último punto: el pesebre nos habla de lo concreto. En efecto, un niño en un pesebre representa una escena que impacta, hasta el punto de ser cruda. Nos recuerda que Dios se ha hecho verdaderamente carne. De manera que, respecto a Él, no son suficientes las teorías, los pensamientos hermosos y los sentimientos piadosos. Jesús, que nace pobre, vivirá pobre y morirá pobre; no hizo muchos discursos sobre la pobreza, sino la vivió hasta las últimas consecuencias por nosotros. Desde el pesebre hasta la cruz, su amor por nosotros fue tangible, concreto: desde su nacimiento hasta su muerte, el hijo del carpintero abrazó la aspereza del leño, la rudeza de nuestra existencia. No nos amó con palabras, no nos amó en broma. Y, por tanto, no se conforma con apariencias. Él, que se hizo carne, no quiere sólo buenos propósitos. Él, que nació en el pesebre, busca una fe concreta, hecha de adoración y de caridad, no de palabrería y exterioridad. Él, que se pone al desnudo en el pesebre y se pondrá al desnudo en la cruz, nos pide verdad, que vayamos a la verdad desnuda de las cosas, que depositemos a los pies del pesebre las excusas, las justificaciones y las hipocresías. Él, que fue envuelto con ternura en pañales por

María, quiere que nos revistamos de amor. Dios no quiere apariencia, sino cosas concretas. No dejemos pasar esta Navidad, hermanos y hermanas, sin hacer algo de bueno. Ya que es su fiesta, su cumpleaños, hagámosle a Él regalos que le agraden. En Navidad Dios es concreto, en su nombre hagamos renacer un poco de esperanza a quien la ha perdido. Jesús, te miramos, acurrucado en el pesebre. Te vemos tan cercano, que estás junto a nosotros por siempre. Gracias, Señor. Te contemplamos pobre, enseñándonos que la verdadera riqueza no está en las cosas, sino en las personas, sobre todo en los pobres. Perdónanos, si no te hemos reconocido y servido en ellos. Te vemos concreto, porque concreto es tu amor por nosotros, Jesús, ayúdanos a dar carne y vida a nuestra fe. Amén.



L'OSSERVATORE ROMANO
 EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Uniusque suum Non proculdubio

Ciudad del Vaticano
 redazione.spagnola.ort@spcva
 www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI
 Director editorial

ANDREA MONDA
 director

Silvina Pérez
 jefe de la edición

Redacción
 Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
 teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
 L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:
 teléfono +39 06 698 45793/45794
 fax +39 06 698 84998
 e-mail: pubblicazioni.photo@spcva
 www.photo@spcva

Suscripción digital anual: 40 euros

Agencia de publicidad:
 Il Sole 24 Ore S.p.A.
 System Comunicazione Pubblicitaria
 Via Monte Rosa, 91, 20149 Milano
 segreteria@redirezionesystem@ilssole24ore.com

En México: Arquidiócesis primada de México.
 Dirección de Comunicación Social.
 San Juan de Dios, 222-C. Col.
 Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370.
 Del. Tlalpan. México, D.F.;
 teléfono + 52 55 2652 99 55
 fax + 52 55 5318 75 32
 e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana,
 Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú
 teléfono + 51 42 357 82
 fax + 51 431 67 82
 e-mail: editorial@salesianos.edu.pe

El mensaje Urbi et Orbi

El mundo está experimentando una grave carestía de paz

El Papa repasa las guerras olvidadas en el mundo y pide que no se utilice el hambre como arma de guerra

Un pensamiento para todos los que pasan hambre en el mundo, sin olvidar mirar a Belén, que significa "casa del pan", frente al despilfarro y el gasto armamentístico. Así se dirigió el Papa Francisco, desde la logia central de la basílica vaticana, a los cerca de 70.000 fieles congregados en una soleada plaza de San Pedro para el tradicional mensaje de Navidad y la bendición Urbi et Orbi. Acompañado por monseñor Diego Ravelli, Maestro de las Celebraciones Litúrgicas Pontificias, Francisco compareció a mediodía en punto del domingo 25. Junto a él estaban los cardenales diáconos James Michael Harvey y Marcello Semeraro, así como el maestro de ceremonias papal monseñor Ján Dubina. Para darle la bienvenida - junto con los numerosos peregrinos presentes - interpretó el himno papal, primero por la banda de la Guardia Suiza y después por la banda de las Fuerzas Militares italianas, que también tocaron las primeras notas del himno de Mameli. El Papa pronunció su mensaje en italiano, invitando a no olvidar que "Jesús, verdadera luz, viene a un mundo enfermo de indiferencia", y a continuación se refirió a los dramas que tienen lugar en los cinco continentes. "Tras la solemne bendición a todos los presentes y a quienes estaban conectados a través de la radio, la televisión y otros medios de comunicación, visitó a continuación el belén instalado en la Capilla Sixtina, obra de Giuseppe Passeri. En Ucrania como en Siria, en Tierra Santa como en Líbano y en todo Oriente Medio, en el Sahel como en Yemen, en Myanmar como en Irán, el mundo "está experimentando una grave carestía de paz". Así lo subrayó el Papa Francisco.

Queridos hermanos y hermanas de Roma y del mundo entero, ¡feliz Navidad!

Que el Señor Jesús, nacido de la Virgen María, traiga a todos ustedes el amor de Dios, fuente de fe y de esperanza; junto con el don de la paz, que los ángeles anunciaron a los pastores de Belén: «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz a los hombres amados por él!» (Lc 2,14).

En este día de fiesta volvamos la mirada a Belén. El Señor vino al mundo en una gruta y fue recostado en un pesebre para los animales, porque sus padres no pudieron encontrar un albergue, a pesar de que a María le había llegado ya la hora del parto. Vino a estar entre nosotros en el silencio y en la oscuridad de la noche, porque el Verbo de Dios no necesita reflectores ni el clamor de voces humanas. Él mismo es la Palabra que da sentido a la existencia. Él es la luz que alumbró el camino. «La luz verdadera, al venir a este mundo - dice el Evangelio -, ilumina a todo hombre» (Jn 1,9). Jesús nace entre nosotros, es Dios-con-nosotros.

Viene para acompañar nuestra vida cotidiana, para compartir todo con nosotros, alegrías y dolores, esperanzas e inquietudes. Viene como un niño indefenso. Nace en el frío, pobre entre los pobres. Necesitado de todo, llama a la puerta de nuestro corazón para encontrar calor y amparo.

Como los pastores de Belén, dejemos que nos envuelva la luz y vayamos a ver el signo que Dios nos ha dado. Venzamos el letargo del sueño espiritual y las falsas imágenes de la fiesta que hacen olvidar quién es el homenajeado. Salgamos del bullicio que anestesias el corazón y nos conduce a preparar adornos y regalos más que a contemplar el Acontecimiento: el Hijo de Dios que nació por nosotros. Hermanos, hermanas, volvamos a Belén, donde resuena el primer vagido del Príncipe de la paz. Sí, porque Él mismo, Jesús, Él es nuestra paz; esa paz que el mundo no puede dar y que Dios Padre dio a la humanidad enviando a su Hijo. San León Magno tiene una expresión que, en la conción



ción de la lengua latina, resume el mensaje de este día: «Natalis Domini, Natalis est pacis», «el Nacimiento del Señor es el Nacimiento de la paz» (Sermón 6,5).

Jesucristo es también el camino de la paz. Él, con su encarnación, pasión, muerte y resurrección, abrió el paso de un mundo cerrado, oprimido por las tinieblas de la enemistad y de la guerra, a un mundo abierto, libre para vivir en la fraternidad y en la paz. Hermanos y hermanas, ¡sigamos esta senda! Pero para poder hacerlo, para ser capaces de caminar en pos de Je-

en ese pequeño semblante inocente reconozcamos el de los niños que en cada rincón del mundo anhelan la paz.

Que nuestra mirada se llene de los rostros de los hermanos y hermanas ucranianos, que viven esta Navidad en la oscuridad, a la intemperie o lejos de sus hogares, a causa de la destrucción ocasionada por diez meses de guerra. Que el Señor nos disponga a realizar gestos concretos de solidaridad para ayudar a quienes están sufriendo, e ilumine las mentes de quienes tienen el poder de acallar las ar-

Que el Señor nos disponga a realizar gestos concretos de solidaridad para ayudar a quienes están sufriendo, e ilumine las mentes de quienes tienen el poder de acallar las armas y poner fin inmediatamente a esta guerra insensata

sús, debemos despojarnos de las cargas que nos lo impiden y que nos mantienen bloqueados.

¿Y cuáles son estas cargas? ¿Cuál es este "lastre"? Son las mismas pasiones negativas que impidieron que el rey Herodes y su corte reconocieran y acogieran el nacimiento de Jesús, es decir, el apego al poder y al dinero, la soberbia, la hipocresía, la mentira. Estas cargas imposibilitan ir a Belén, excluyen de la gracia de la Navidad y cierran el acceso al camino de la paz. Y, en efecto, debemos constatar con dolor que, al mismo tiempo que se nos da el Príncipe de la paz, crudos vientos de guerra continúan soplando sobre la humanidad.

Si queremos que sea Navidad, la Navidad de Jesús y de la paz, contemplemos a Belén y fijemos la mirada en el rostro del Niño que nos ha nacido. Y

mas y poner fin inmediatamente a esta guerra insensata. Lamentablemente, se prefiere escuchar otras razones, dictadas por las lógicas del mundo. Pero la voz del Niño, ¿quién la escucha? Nuestro tiempo está viviendo una grave carestía de paz también en otras regiones, en otros escenarios de esta tercera guerra mundial.

Pensemos en Siria, todavía martirizada por un conflicto que pasó a segundo plano pero que no ha acabado; pensemos también en Tierra Santa, donde durante los meses pasados aumentaron la violencia y los conflictos, con muertos y heridos. Imploramos al Señor para que allí, en la tierra que lo vio nacer, se retome el diálogo y la búsqueda de confianza recíproca entre palestinos e israelíes. Que el Niño Jesús sostenga a las comunidades cristianas que viven en todo el Oriente

Medio, para que en cada uno de esos países se pueda vivir la belleza de la convivencia fraterna entre personas pertenecientes a diversos credos. Que ayude en particular al Líbano, para que finalmente pueda recuperarse, con el apoyo de la comunidad internacional y con la fuerza de la fraternidad y de la solidaridad. Que la luz de Cristo ilumine la región del Sahel, donde la convivencia pacífica entre pueblos y tradiciones se ve perturbada por enfrentamientos y violencia. Que oriente hacia una tregua duradera en Yemen y hacia la reconciliación en Myanmar y en Irán, para que cese todo derramamiento de sangre. Que inspire a las autoridades políticas y a todas las personas de buena voluntad en el continente americano, a esforzarse por pacificar las tensiones políticas y sociales que afectan a varios países. Pienso en particular en el pueblo haitiano, que está sufriendo desde hace mucho tiempo.

En este día, en que es hermoso volver a reunirse alrededor de una mesa bien preparada, no quitemos la mirada de Belén, que significa "casa del pan", y pensemos en las personas que sufren hambre, sobre todo los niños, mientras cada día se desperdician grandes cantidades de alimentos y se derrochan bienes a cambio de armas. La guerra en Ucrania ha agravado aún más la situación, dejando poblaciones enteras con riesgo de carestía, especialmente en Afganistán y en los países del Cuerno de África. Toda guerra -lo sabemos- provoca hambre y usa la comida misma como arma, impidiendo su distribución a los pueblos que ya están sufriendo. En este día, aprendiendo del Príncipe de la paz, comprometámonos todos -en primer lugar, los que tienen responsabilidades políticas-, para que la comida no sea más que un instrumento de paz. Mientras disfrutamos la alegría de en-

contrarnos con los nuestros, pensemos en las familias que están más heridas por la vida, y en aquellas que, en este tiempo de crisis económica, tienen dificultades a causa de la falta de trabajo y de lo necesario para vivir.

Queridos hermanos y hermanas, hoy como en ese entonces, Jesús, la luz verdadera, viene a un mundo enfermo de indiferencia - ¡enfermedad grave! -, que no lo acoge (cf. Jn 1,11); es más, lo rechaza, como les pasa a muchos extranjeros; o lo ignora, como muy a menudo hacemos nosotros con los pobres.

No nos olvidemos hoy de tantos migrantes y refugiados que llaman a nuestra puerta en busca de consuelo, calor y alimento. No nos olvidemos de los marginados, de las personas solas, de los huérfanos y de los ancianos - la sabiduría de un pueblo - que corren el riesgo de ser descartados; de los presos que miramos sólo por sus errores y no como seres humanos.

Hermanos y hermanas, Belén nos muestra la sencillez de Dios, que no se revela a los sabios y a los doctos, sino a los pequeños, a quienes tienen el corazón puro y abierto (cf. Mt 11,25). Como los pastores, vayamos también nosotros sin demora y dejémonos maravillados por el acontecimiento impensable de Dios que se hace hombre para nuestra salvación. Aquel que es fuente de todo bien se hace pobre¹ y pide como limosna nuestra pobre humanidad. Dejémonos conmovidos por el amor de Dios y sigamos a Jesús, que se despojó de su gloria para hacernos partícipes de su plenitud.² ¡Feliz Navidad a todos!

Notas

¹ Cf. S. Gregorio Nacianceno, *Discurso 45*.

² Cf. *ibid.*

Fallecimiento del Papa emérito Benedicto XVI

Homilía del Papa Francisco en las Exequias

«Fiel amigo del Esposo, que tu gozo sea perfecto al oír definitivamente y para siempre su voz»

El Papa Francisco presidió la misa funeral por el papa emérito Benedicto XVI que se celebró la mañana del 5 de enero en la plaza de San Pedro, ante decenas de miles de fieles, y que fue celebrada por el decano del Colegio Cardenalicio, Giovanni Battista Re. Los restos mortales de Joseph Ratzinger, fallecido el pasado sábado a los 95 años, se colocaron en el centro del atrio de la plaza vaticana, tras una procesión desde el interior de la basílica y después de que este miércoles, al cierre de una capilla ardiente que han visitado casi 200.000 personas, fueran introducidos en un féretro de madera de ciprés, como manda la tradición. Al final de la celebración, Francisco incensó el féretro con los restos de Benedicto en un ritual llamado 'Ultima commendatio et valedictio' (Última recomendación y despedida) y se procedió a dar sepultura en privado al papa, que será enterrado en las Criptas Vaticanas, en la tumba que perteneció a san Juan Pablo II y previamente a Juan XXIII.

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46).

Son las últimas palabras que el Señor pronunció en la cruz; su último suspiro —podríamos decir— capaz de confirmar lo que selló toda su vida: un continuo entregarse en las manos de su Padre. Manos de perdón y de compasión, de curación y de misericordia, manos de unción y bendición que lo impulsaron a entregarse también en las manos de sus hermanos. El Señor, abierto a las historias que encontraba en el camino, se dejó cincelar por la voluntad de Dios, cargando sobre sus hombros todas las consecuencias y dificultades del Evangelio, hasta ver sus manos llagadas por amor: «Aquí están mis manos» (Jn 20,27), le dijo a Tomás, y lo dice a cada uno de nosotros: «aquí están mis manos». Manos llagadas que salen al encuentro y no cesan de ofrecerse para que conozcamos el amor que Dios nos tiene y creamos en él (cf. 1 Jn 4,16).¹

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» es la invitación y el programa de vida que inspira y quiere moldear como un alfarero (cf. Is 29,16) el corazón del pastor, hasta que latan en él los mismos sentimientos de Cristo Jesús (cf. Flp 2, 5). Entrega agradecida de servicio al

Señor y a su Pueblo, que nace por haber acogido un don totalmente gratuito: «Tú me pertences... tú les pertences», susurra el Señor; «tú estás bajo la protección de mis manos, bajo la protección de mi corazón. Permanece en el hueco de mis manos y dame las tuyas».² Es la condescendencia de Dios y su cercanía, capaz de ponerse en las manos frágiles de sus discípulos para alimentar a su pueblo y decir con Él: tomen y coman, tomen y beban, esto es mi cuerpo, cuerpo que se entrega por ustedes (cf. Lc 22,19). La synkatabasis total de Dios. Entrega orante que se forja y acrisola silenciosamente entre las encrucijadas y contradicciones que el pastor debe afrontar (cf. 1 P 1,6-7) y la confiada invitación a apacentar el rebaño (cf. Jn 21,17). Como el Maestro, lleva sobre sus hombros el cansancio de la intercesión y el desgaste de la unción por su pueblo, especialmente allí donde la bondad está en lucha y sus hermanos ven peligrar su dignidad (cf. Hb 5,7-9). Encuentro de intercesión donde el Señor va gestando esa mansedumbre capaz de comprender, recibir, esperar y apostar más allá de las incomprensiones que esto puede generar. Fecundidad invisible e inaferrable, que nace de saber en qué manos se ha puesto la confianza (cf. 2 Tm 1,12). Confianza orante y adoradora, capaz de interpretar las acciones del pastor y ajustar su corazón y sus decisiones a los tiempos de Dios (cf. Jn 21,18): «Apacentar quiere decir amar, y amar quiere decir también estar dispuestos a sufrir. Amar significa dar el verdadero bien a las ovejas, el alimento de la verdad de Dios, de la palabra de Dios; el alimento de su presencia».³ Y también entrega sostenida por la consolación del Espíritu, que lo espera siempre en la misión: en la búsqueda apasionada por comunicar la hermosura y la alegría del Evangelio (cf. Exhort. ap. Gaudete et exsultate, 57), en el testimonio fecundo de aquellos que, como María, permanecen de muchas maneras al pie de la cruz, en esa dolorosa pero recia paz que no agrede ni avasalla; y en la terca pero paciente esperanza en que el

Señor cumplirá su promesa, como lo había prometido a nuestros padres y a su descendencia por siempre (cf. Lc 1,54-55). También nosotros, aferrados a las últimas palabras del Señor y al testimonio que marcó su vida, queremos, como comunidad eclesial, seguir sus huellas y confiar a nuestro hermano en las manos del Padre: que estas manos de misericordia encuentren su lámpara encendida con el aceite del Evangelio, que él esparció y testimonió durante su vida (cf. Mt 25,6-7). San Gregorio Magno, al finalizar la Regla pastoral, invitaba y exhortaba a un amigo a ofrecerle esta compañía espiritual: «En medio de las tempestades de mi vida, me alienta la confianza de que tú me mantendrás a flote en la tabla de tus oraciones, y que, si el peso de mis faltas me abaja y humilla, tú me prestarás el auxilio de tus méritos para levantarme». Es la conciencia del Pastor que no puede llevar solo lo que, en realidad, nunca podría soportar solo y, por eso, es capaz de abandonarse a la oración y al cuidado del pueblo que le fue confiado.⁴ Es el Pueblo fiel de Dios que, reunido, acompaña y confía la vida de quien fuera su pastor. Como las mujeres del Evangelio en el sepulcro, estamos aquí con el perfume de la gratitud y el unguento de la esperanza para demostrarle, una vez más, ese amor que no se pierde; queremos hacerlo con la misma unción, sabiduría, delicadeza y entrega que él supo esparcir a lo largo de los años. Queremos decir juntos: «Padre, en tus manos encomendamos su espíritu». Benedicto, fiel amigo del Esposo, que tu gozo sea perfecto al oír definitivamente y para siempre su voz.

Notas

¹ Cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Deus caritas est*, 1.

² Cf. ID., *Homilía en la Misa Crismal*, 13 de abril de 2006.

³ ID., *Homilía en la Misa de inicio del pontificado*, 24 de abril de 2005.

⁴ Cf. *ibid.*



El testamento espiritual

VIENE DE LA PÁGINA 1

para mí un magnífico hogar que, como una luz clara, ilumina todos mis días hasta el día de hoy. La clara fe de mi padre nos enseñó a nosotros los hijos a creer, y como señal siempre se ha mantenido firme en medio de todos mis logros científicos; la profunda devoción y la gran bondad de mi madre son un legado que nunca podré agradecerle lo suficiente. Mi hermana me ha asistido durante décadas desinteresadamente y con afectuoso cuidado; mi hermano, con la claridad de su juicio, su vigorosa resolución y la serenidad de su corazón, me ha allanado siempre el camino; sin su constante precederme y acompañarme, no habría podido encontrar la senda correcta. De corazón doy gracias a Dios por los muchos amigos, hombres y mujeres, que siempre ha puesto a mi lado; por los colaboradores en todas las etapas de mi camino; por los profesores y alumnos que me han dado. Con gratitud los encomiendo todos a Su bondad. Y quiero dar gracias al Señor por mi hermosa patria en los Preactos bá-

varos, en la que siempre he visto brillar el esplendor del Creador mismo. Doy las gracias al pueblo de mi patria porque en él he experimentado una y otra vez la belleza de la fe. Rezo para que nuestra tierra siga siendo una tierra de fe y les ruego, queridos compatriotas: no se dejen apartar de la fe. Y, por último, doy gracias a Dios por toda la belleza que he podido experimentar en todas las etapas de mi viaje, pero especialmente en Roma y en Italia, que se ha convertido en mi segunda patria. A todos aquellos a los que he agraviado de alguna manera, les pido perdón de todo corazón.

Lo que antes dije a mis compatriotas, lo digo ahora a todos los que en la Iglesia han sido confiados a mi servicio: ¡Manténganse firmes en la fe! ¡No se dejen confundir! A menudo parece como si la ciencia -las ciencias naturales, por un lado, y la investigación histórica (especialmente la exégesis de la Sagrada Escritura), por otro- fuera capaz de ofrecer resultados irrefutables en desacuerdo con la fe católica. He vivido las transformaciones de las ciencias naturales

desde hace mucho tiempo, y he visto cómo, por el contrario, las aparentes certezas contra la fe se han desvanecido, demostrando no ser ciencia, sino interpretaciones filosóficas que sólo parecen ser competencia de la ciencia. Desde hace sesenta años acompaño el camino de la teología, especialmente de las ciencias bíblicas, y con la sucesión de las diferentes generaciones, he visto derrumbarse tesis que parecían inamovibles y resultar meras hipótesis: la generación liberal (Harnack, Jülicher, etc.), la generación existencialista (Bultmann, etc.), la generación marxista. He visto y veo cómo de la confusión de hipótesis ha surgido y vuelve a surgir lo razonable de la fe. Jesucristo es verdaderamente el camino, la verdad y la vida, y la Iglesia, con todas sus insuficiencias, es verdaderamente su cuerpo.

Por último, pido humildemente: recen por mí, para que el Señor, a pesar de todos mis pecados y defectos, me reciba en la morada eterna. A todos los que me han sido confiados, van mis oraciones de todo corazón, día a día.

El prólogo de Francisco en un libro que recoge los pensamientos espirituales del Papa emérito

Una teología hecha de rodillas

Publicamos, a continuación una traducción del prólogo escrito por el Papa Francisco en el libro de la Librería Editrice Vaticana (LEV) "Dios es siempre nuevo", que recoge el pensamiento espiritual del Papa emérito.

PAPA FRANCISCO

Estoy contento que el lector pueda tener en sus manos este texto de pensamientos espirituales del fallecido Papa Benedicto XVI. El título expresa uno de los aspectos más característicos del magisterio y de la visión de la fe de mi predecesor: sí, Dios es siempre nuevo porque es fuente y razón de la belleza, de la gracia y de la verdad. Dios nunca es repetitivo, Dios nos sorprende, Dios trae novedad. La frescura espiritual que se desprende de estas páginas, lo confirman con intensidad.

Benedicto XVI hizo teología de rodillas. Su argumentación de la fe fue realizada con la devoción de un hombre que ha entregado todo de sí mismo a Dios y que, bajo la guía del Espíritu Santo, buscó una penetración cada vez mayor en el misterio del Jesús que le había fascinado desde su juventud.

La colección de pensamientos espirituales presentados en estas páginas demuestra la capacidad creativa de Benedicto XVI para indagar en los diversos aspectos del cristianismo con una fecundidad de imágenes, lenguaje y perspectiva que se convierten en un estímulo continuo para cultivar el precioso don de acoger a Dios en la propia vida. El modo en que Benedicto XVI supo hacer interactuar corazón y razón, pensamiento y afecto, racionalidad y emoción, es un modelo fecundo sobre cómo hablar a todos de la fuerza disruptiva del Evangelio.

El lector lo verá confirmado en estas páginas, que representan también gracias a la competencia del editor, a quien va nues-

tro más sincero agradecimiento -una especie de "síntesis espiritual" de los escritos de Benedicto XVI: aquí brilla su capacidad de mostrar siempre nueva la profundidad de la fe cristiana. Basta con un pequeño florilegio. "Dios es un acontecimiento de amor", expresión que por sí sola hace plena justicia a una teología siempre armoniosa entre razón y afecto. "¿Qué podría salvarnos si no es el amor?", preguntó a los jóvenes en la vigilia de oración de Colonia en 2005, una meditación que se recuerda oportunamente aquí, planteando una pregunta que recuerda a Fëdor Dostoevskij. Y cuando habla de la Iglesia, la pasión eclesial le hace pronunciar palabras impregnadas de pertenencia y afecto: "No somos un centro de producción, no somos una empresa con ánimo de lucro, somos Iglesia".

La profundidad del pensamiento de Joseph Ratzinger, basado en la Sagrada Escritura y en los Padres de la Iglesia es una ayuda para nosotros también hoy. Estas páginas abordan una ga-

ma de temas espirituales y son un incentivo para que permanezcamos abiertos al horizonte de eternidad que el cristianismo lleva en su ADN. El de Benedicto XVI es y seguirá siendo un pensamiento y un magisterio fecundos en el tiempo, porque ha sabido centrarse en las referencias fundamentales de nuestra vida cristiana: en primer lugar, la persona y la palabra de Jesucristo, y después las virtudes teológicas, es decir, la caridad, la esperanza y la fe. Y por ello toda la Iglesia le estará agradecida. Para siempre.

En Benedicto XVI, una devoción incesante y un magisterio iluminado se han fundido en una armoniosa alianza. ¡Cuántas veces ha hablado de la belleza con palabras conmovedoras! Benedicto siempre consideró la belleza como un medio privilegiado para abrir a los hombres a lo trascendente y poder así encontrarse con Dios, que para él era la tarea más elevada y la misión más urgente de la Iglesia. En particular, la música era para él un arte vecino con el que elevar el espíritu y la inte-

rioridad. Pero esto no desvió su atención, como verdadero hombre de fe, de las grandes y espinosas cuestiones de nuestro tiempo, observadas y analizadas con juicio consciente y valiente espíritu crítico. De la escucha de la Escritura, leída en la tradición siempre viva de la Iglesia, supo extraer desde su juventud esa sabiduría útil e indispensable para establecer un diálogo con la cultura de su tiempo, como confirman estas páginas.

Agradecemos sinceramente a Dios por habernos dado al Papa Benedicto XVI: con su palabra y su testimonio, nos ha enseñado que mediante la reflexión, el pensamiento, el estudio, la escucha, el diálogo y, sobre todo, la oración, es posible servir a la Iglesia y hacer el bien a toda la humanidad; nos ofreció herramientas intelectuales vivas para que todo creyente pudiera dar razones de su esperanza utilizando una forma de pensar y de comunicar comprensible para sus contemporáneos. Su intención fue constante: entrar en diálogo con todos para buscar juntos los caminos a través de los cuales podemos encontrar a Dios.

Esta búsqueda del diálogo con la cultura de su tiempo ha sido siempre un deseo ardiente de Joseph Ratzinger: él, como teólogo primero y como pastor después, nunca se ha limitado a una cultura puramente intelectualista, desvinculada de la historia de los hombres y del mundo. Con su ejemplo de intelectual rico en amor y entusiasmo, que etimológicamente significa estar en Dios, nos mostró la posibilidad de que buscar la verdad es posible, y que dejarse poseer por ella es lo más alto que puede alcanzar el espíritu humano. En este viaje, todas las dimensiones del ser humano, razón y fe, inteligencia y espiritualidad, tienen su propio papel y especificidad.



Ángelus del 26 de diciembre

Llamamiento del Papa

Paz para Ucrania y para los pueblos martirizados por la guerra

“¡Hay tantas banderas de Ucrania aquí! Pedimos la paz para este pueblo flagelado” y para todos “los pueblos atormentados por la guerra”. A la vista de las banderas amarillas y azules de la nación de Europa del Este en la Plaza de San Pedro, al final del Ángelus del lunes 26 de diciembre, fiesta de San Esteban, el Papa hizo un nuevo llamamiento para poner fin al conflicto. Hablando a mediodía desde la ventana del estudio privado del Palacio Apostólico Vaticano, Francisco introdujo la oración mariana con una meditación sobre “algunas figuras dramáticas de santos mártires” que “en estos días son recordados” empezando por el primero de ellos, el diácono Esteban.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! ¡feliz fiesta!

Ayer celebramos la Natividad del Señor, y la liturgia, para ayudarnos a acogerlo mejor, prolonga la duración de la fiesta hasta el 1 de enero: durante ocho días.

Sorprendentemente, sin embargo, estos mismos días conmemoran algunas figuras

mandado matar por miedo a que Jesús le arrebatara el trono (cf. Mt 2, 1-18).

En resumen, la liturgia parece querer alejarnos del mundo de las luces, los almuerzos y los regalos en el que podemos estar algo entregados estos días. ¿Por qué?

Porque la Navidad no es la fábula del nacimiento de un rey, sino la venida del Salvador, que nos libra del mal tomando sobre sí nuestro mal: el egoísmo, el pecado, la muerte.

Este es nuestro mal: el egoísmo que llevamos dentro; el pecado, somos todos pecadores; y la muerte.

Y los mártires son los más parecidos a Jesús.

De hecho, la palabra mártir significa testigo: los mártires son testigos, es decir, hermanos y hermanas que, con su vida, nos muestran a Jesús, que venció el mal con la misericordia.

E incluso en nuestros días los mártires son numerosos, más que en los primeros tiempos.

Porque la Navidad no es la fábula del nacimiento de un rey, sino la venida del Salvador, que nos libra del mal tomando sobre sí nuestro mal: el egoísmo, el pecado, la muerte. Este es nuestro mal: el egoísmo que llevamos dentro; el pecado, somos todos pecadores; y la muerte. Y los mártires son los más parecidos a Jesús

dramáticas de santos mártires. Hoy, por ejemplo, san Esteban, el primer mártir cristiano; pasado mañana, los Santos Inocentes, los niños que el rey Herodes

Hoy rezamos por estos hermanos y hermanas mártires perseguidos que dan testimonio de Cristo. Pero nos hará bien preguntarnos: ¿doy yo testimonio de Cris-



dar pasos de apertura y reconciliación. Que el Señor nos dé hoy esta gracia. Y que María, Reina de los mártires, nos ayude a crecer en la caridad, en el amor a la Palabra y en el perdón.

Tras dirigir el rezo del Ángelus, el Pontífice hizo un llamamiento por la paz y agradeció los numerosos mensajes de buenos deseos recibidos durante estos días festivos.

Queridos hermanos y hermanas:

En el clima espiritual de alegría y serenidad de la Santa Navidad, saludo con afecto a todos los aquí presentes y a cuantos nos siguen a través de los medios de comunicación.

Renuevo mi deseo de paz: paz en las familias, paz en las comunidades parroquiales y religiosas, paz en los movimientos y asociaciones, paz para los pueblos atormentados por la guerra, paz para la querida y flagelada Ucrania.

¡Hay tantas banderas de Ucrania aquí! Pedimos la paz para este pueblo flagelado.

Esta semana he recibido muchos mensajes de buenos deseos de distintas partes del mundo. Como no puedo responder a cada uno, expreso mi gratitud a todos, especialmente por el don de la oración.

Les deseo a todos una feliz

to? ¿Y cómo podemos mejorar en esto, en dar testimonio de Cristo? Nos puede ayudar precisamente la figura de san Esteban.

En primer lugar, los Hechos de los Apóstoles nos dicen que él era uno de los siete diáconos que la comunidad de Jerusalén había consagrado para el servicio de las mesas, es decir, para la caridad (cf. 6,1-6).

Esto significa que su primer testimonio no lo dio con palabras, sino a través del amor con el que sirvió a los más necesitados.

Pero Esteban no se limitaba a esta labor de asistencia.

A los que encontraba les hablaba de Jesús: compartía su fe a la luz de la Palabra de Dios y de la enseñanza de los Apóstoles (cf. Hch 7,1-53,56).

Esta es la segunda dimensión de su testimonio: acoger la Palabra y comunicar su belleza, contar cómo el encuentro con Jesús cambia la vida.

Esto era tan importante para Esteban que no se dejó intimidar ni siquiera por las amenazas de sus perseguidores, ni siquiera cuando vio que las cosas se le estaban complicando (cf. v. 54).

Caridad y anuncio, este era Esteban. Sin embargo, su mayor testimonio es otro: es que supo unir la caridad al anuncio. Y nos dio este testimonio cuando estaba a punto de morir, cuando, siguiendo el ejemplo de Je-

sús, perdonó a sus asesinos (cf. v. 60; Lc 23,34). He aquí, pues, nuestra respuesta a la pregunta: nosotros podemos mejorar nuestro testi-

monio mediante la caridad hacia los hermanos, la fidelidad a la Palabra de Dios y el perdón. Caridad, Palabra y perdón. Es el perdón el que dice si realmente practicamos la caridad hacia los demás y si vivimos la Palabra de Jesús

Podemos mejorar nuestro testimonio mediante la caridad hacia los hermanos, la fidelidad a la Palabra de Dios y el perdón. Caridad, Palabra y perdón. Es el perdón el que dice si realmente practicamos la caridad hacia los demás y si vivimos la Palabra de Jesús

monio mediante la caridad hacia los hermanos, la fidelidad a la Palabra de Dios y el perdón. Caridad, Palabra y perdón. Es el perdón el que dice si realmente practicamos la caridad hacia los demás y si vivimos la Palabra de Jesús.

El “per-dón” es en realidad, como la propia palabra lo indica, un don más grande, un don que damos a los demás porque somos de Jesús, somos perdonados por Él. Yo perdono porque he sido perdonado, no lo olvidemos...

Pensemos, cada uno de nosotros piense en su capacidad de perdonar: ¿cómo es mi capacidad de perdonar en estos días en los que nos podemos encontrar, entre otras muchas, algunas personas con las que no nos hemos llevado bien, que nos han herido, con las que nunca hemos arreglado nuestras relaciones.

Pidamos a Jesús recién nacido la novedad de un co-

aprenda a perdonar. Pidamos la fuerza para rezar por quienes nos han hecho daño, rezar por las personas que nos han herido, y para

Fiesta de san Esteban y, por favor, no se olviden de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta pronto!



Vísperas de la Solemnidad de María Santísima Madre de Dios y el "Te Deum"

Recuperar la amabilidad como virtud personal y cívica

Gratitud a Dios por haber dado a la Iglesia y al mundo a Benedicto XVI

Se centró en la bondad de la Virgen de Nazaret —con referencia también a la de Benedicto XVI, fallecido esa misma mañana— la homilía del Papa Francisco con ocasión de las primeras Vísperas de la Solemnidad de María Santísima Madre de Dios, presididas a las 17 horas del sábado 31 de enero en la basílica vaticana. Durante la celebración, se entonó el tradicional canto del himno "Te Deum" de fin de año civil. Publicamos, a continuación, la reflexión del Pontífice que desarrolló el tema de "la bondad también como virtud cívica, pensando en particular en la diócesis de Roma" de la que es obispo.

"Nacido de mujer"
(Gal 4, 4).

Cuando, en la plenitud de los tiempos, Dios se hizo hombre, no vino al mundo bajando en picado del cielo; nació de María. No nació en una mujer, sino de una mujer. Esto es esencialmente diferente:

Esta es la palabra: humanidad reconciliada.

Es un estilo, una forma de relacionarnos de la que derivan las muchas virtudes humanas de la buena y digna convivencia

significa que Dios quiso tomar carne de ella. No la utilizó, sino que le pidió su "sí", su consentimiento. Y con ella inició el lento camino de la gestación de una humanidad libre de pecado y llena de gracia y de verdad, llena de amor y de fidelidad. Una humanidad bella, buena y verdadera, a imagen y semejanza

de Dios, pero tejida con nuestra carne ofrecida por María; nunca sin ella; siempre con su consentimiento; en libertad, en gratitud, en respeto, en amor.

Y esta es la forma que Dios ha elegido para entrar en el mundo, para entrar en la historia, esta es la forma. Y este camino es esencial, tan esencial como el hecho mismo de que haya venido. La maternidad divina de María —la maternidad virginal, la virginidad fecunda— es el camino que revela el respeto extremo de Dios por nuestra libertad. Quien nos creó sin nosotros no quiere salvarnos sin nosotros (cf. San Agustín, *Sermo CLXIX*, 13).

Este camino de su venida para salvarnos es el camino por el que también nos invita a seguirle, a continuar junto a Él tejiendo la humanidad nueva, libre y reconciliada. Esta es la palabra: humanidad reconciliada. Es un estilo, una forma de relacionar-

nos de la que derivan las muchas virtudes humanas de la buena y digna convivencia. Una de estas virtudes es la bondad, como forma de vida que fomenta la fraternidad y la amistad social (cf. Enc. *Fratelli tutti*, 222-224). Y hablando de bondad, en este momento, nuestro pensamiento se dirige espontánea-

mente a nuestro querido Papa emérito Benedicto XVI, que nos ha dejado esta mañana. Con emoción recordamos su persona tan noble, tan bondadosa. Y sentimos tanta gratitud en el corazón: gratitud a Dios por haberle dado a la Iglesia y al mundo; gratitud a él, por todo el bien que ha realizado, y sobre todo por su testimonio de fe y de oración, especialmente en estos últimos años de su vida retirada. Sólo Dios conoce el valor y la fuerza de su intercesión, de sus sacrificios ofrecidos por el bien de la Iglesia.

Esta tarde quisiera reintroducir la bondad también como virtud cívica, pensando en particular en nuestra diócesis de Roma.

La amabilidad es un factor importante de la cultura del diálogo, y el diálogo es indispensable para vivir en paz, para vivir como hermanos, que no siempre se llevan bien —es normal— pero que, sin embargo, hablan entre sí, se escuchan e intentan comprenderse y encontrarse. Basta pensar en "qué sería el mundo sin ese diálogo paciente de tantas personas generosas que han mantenido unidas a familias y a comunidades. El diálogo persistente y corajudo no es noticia como los desencuentros y los conflictos, pero ayuda discretamente al mundo a vivir mejor" (*ibid.*, 198).

La amabilidad forma parte del diálogo. No es sólo una cuestión de "protocolo"; no es una cuestión de "etiqueta", de formas galantes... No, no es esto a lo que nos referimos al hablar de cortesía. Por el contrario, es una virtud que hay que recuperar y ejercitar



cada día, para ir contraccorriente y humanizar nuestras sociedades.

El daño del individualismo consumista está a la vista de todos. Y el daño más grave es que los demás, las personas que nos rodean, se perciben como obstáculos para nuestra tranquilidad, para nuestra comodidad. Los demás nos "incomodan", nos molestan, nos quitan tiempo y recursos para hacer lo que nos gusta. Las sociedades individualistas y consumistas tienden a ser agresivas, porque los demás son competidores con los que competir (cf. *ibid.*, 222). Sin embargo, dentro de estas mismas sociedades nuestras, e incluso en las situaciones más difíciles, hay personas que demuestran que "todavía es posible optar por el cultivo de la amabilidad"

y así, con su estilo de vida, "se convierten en estrellas en medio de la oscuridad" (*ibid.*).

San Pablo, en la misma Carta a los Gálatas de la que está tomada la Lectura de esta liturgia, habla de los frutos del Espíritu Santo, y entre ellos menciona uno con la palabra griega *chrestotes* (cf. 5,22). Esto es lo que podemos entender por "bondad": una actitud benévola, que apoya y reconforta a los demás evitando toda dureza y aspereza.

Modo de tratar al prójimo, cuidando de no herir con palabras o gestos; procurando aligerar las cargas de los demás, animar, consolar, confortar; sin humillar, mortificar o despreciar nunca (cf. *Fratelli tutti*, 223).

La bondad es un antídoto contra ciertas patologías de nuestras sociedades: un antídoto contra la crueldad, que desgraciadamente puede in-

ducirse como un veneno en el corazón e intoxicar las relaciones; un antídoto contra la ansiedad y el frenesí distraído que nos hacen centrarnos en nosotros mismos y cerrarnos a los demás (cf. *ibid.*, 224). Estas "enfermedades" de nuestra vida cotidiana nos vuelven agresivos, nos incapacitan para pedir "permiso", o "disculpas", o simplemente para decir "gracias". Las tres

da en las familias, las comunidades, las ciudades.

Por eso, ante el nuevo año en la ciudad de Roma, quiero desear a todos los que vivimos en ella que crezcamos en esta virtud: la bondad. La experiencia nos enseña que si se convierte en un modo de vida, puede crear una convivencia sana, puede humanizar las relaciones sociales resolviendo la agresividad y la

Esto es lo que podemos entender por "bondad":

una actitud benévola, que apoya y reconforta a los demás evitando toda dureza y aspereza.

palabras tan humanas de la convivencia: permiso, perdón, gracias. Con estas tres palabras avanzamos en la paz, en la amistad humana.

Son las palabras de la amabilidad: permiso, disculpa, gracias. Nos hará bien pensar si las utilizamos a menudo en nuestra vida: permiso, disculpe, gracias. Y así, cuando en la calle, o en una tienda, o en una oficina nos encontramos con una persona amable, nos asombramos, nos parece un pequeño milagro, porque desgraciadamente la amabilidad ya no es muy común. Pero, gracias a Dios, todavía hay personas amables, que saben dejar de lado sus propias preocupaciones para prestar atención a los demás, regalar una sonrisa, una palabra de ánimo, escuchar a alguien que necesita confiar y desahogarse (cf. *ibid.*).

Queridos hermanos y hermanas, creo que recuperar la bondad como virtud personal y cívica puede ayudar en no poca medida a mejorar la vi-

indiferencia (cf. *ibid.*).

Veamos el icono de la Virgen María. Hoy y mañana, aquí, en la basílica de San Pedro, podemos venerarla también en la efigie de Nuestra Señora del Carmen de Avigliano, cerca de Potenza. No demos por sentado el misterio de la maternidad divina. Dejémosnos asombrar por la elección de Dios, que podría haber aparecido en el mundo de mil maneras mostrando su poder, y en cambio quiso ser concebido con plena libertad en el seno de María, quiso ser formado durante nueve meses como cualquier niño, y finalmente nacer de ella, nacer de una mujer. No paseemos deprimidos, detengámonos a contemplar y meditar, pues aquí está una parte esencial del misterio de la salvación.

Y tratemos de aprender el "método" de Dios, su respeto infinito, su "bondad" por así decirlo, porque en la maternidad divina de la Virgen está el camino hacia un mundo más humano.

En oración ante el belén en la plaza de San Pedro



Al finalizar el *Te Deum*, el Pontífice se dirigió a la plaza de San Pedro para visitar el belén instalado cerca del obelisco. Ante el Nacimiento, el Papa se detuvo en oración mientras la banda de la Guardia Suiza Pontificia interpretaba melo-

días navideñas. A continuación, tras reunirse con un representante de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano, que se encargó del montaje, abandonó la plaza saludando a los numerosos fieles presentes.

Solemnidad de María Santísima Madre de Dios

El Papa celebra la 56ª Jornada Mundial de la Paz

Necesitamos esperanza

La homilía durante la misa en la basílica vaticana en el primer día del año

Con motivo de la 56ª Jornada Mundial de la Paz, el Papa Francisco presidió el domingo 1 de enero por la mañana, en la basílica vaticana, la Misa de la Solemnidad de María Santísima Madre de Dios. Publicamos, a continuación el texto de la homilía pronunciada por el Pontífice.

¡Santa Madre de Dios! Es la aclamación gozosa del Pueblo santo de Dios, que resonaba por las calles de Éfeso en el año 431, cuando los Padres del Concilio proclamaron a María Madre de Dios. Se trata de un dato esencial de la fe, pero sobre todo de una noticia bellísima: Dios tiene una Madre y de ese modo se ha vinculado para siempre con nuestra humanidad, como un hijo con su madre, hasta el punto de que nuestra humanidad es su humanidad. Es una verdad tan impresionante y consoladora, que el último Concilio, aquí celebrado, afirmó: «El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado» (Const. past. *Gaudium et spes*, 22). Esto es lo que Dios hizo al nacer de María: mostró su amor concreto por nuestra humanidad, abrazándola de forma real y plena. Hermanos, hermanas, Dios no nos ama de palabra, sino con hechos; no lo hace “desde lo alto”, de lejos, sino “de cerca”, precisamente desde el interior de nuestra carne, porque en María el Verbo se hizo carne, porque en el pecho de Cristo sigue latiendo un corazón de carne, que palpita por cada uno de nosotros.

Santa Madre de Dios. Con este título se han escrito muchos libros y grandes tratados. Pero, sobre todo, esas palabras entraron en el corazón del santo Pueblo de Dios, en la oración más familiar y hogareña, que acompaña el ritmo de las jornadas, los momentos más penosos y las esperanzas más audaces: el Avemaría. Después de algunas frases extraídas de la Palabra de Dios, la segunda parte de la oración comienza precisamente así: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores». Esta invocación muchas veces marcó el ritmo de nuestras jornadas

una palabra, esperanza. Y nosotros, al inicio de este año, necesitamos esperanza, como la tierra necesita la lluvia. El año, que se abre bajo el signo de la Madre de Dios y nuestra, nos dice que la llave de la esperanza es María, y la antífona de la esperanza es la invocación Santa

el Niño, los pastores de Belén. Eran pobres, quizás también bastante ruidos, y aquella noche estaban trabajando. Fueron precisamente ellos, y no los sabios ni mucho menos los poderosos, los que reconocieron en primer lugar al Dios cercano, al Dios que llegó pobre y ama estar

anestesia y la indiferencia que paraliza, ante el riesgo de limitarnos a quedarnos sentados delante de una pantalla, con las manos sobre un teclado, los pastores hoy nos estimulan a ir, a movernos por lo que sucede en el mundo, a ensuciarnos las manos para hacer el bien, a renunciar a tantos hábitos y comodidades para abrirnos a las novedades de Dios, que se encuentran en la humildad del servicio, en la valentía de hacernos cargo. Hermanos y hermanas, imitemos a los pastores: ¡pongámonos en marcha! Dice el Evangelio que, cuando llegaron los pastores, «encontraron a

seducción del mundo, que nos tranquiliza. El asombro de Dios, el encuentro, te da paz; lo otro simplemente te anestesia y te da tranquilidad.

Cuántas veces, por las prisas, no tenemos ni siquiera tiempo para pasar un minuto en compañía del Señor, para escuchar su Palabra, para rezar, para adorar, para alabar. Lo mismo ocurre con respecto a los demás: apurados o atrapados por el protagonismo, no hay tiempo para escuchar a la esposa, al marido, para hablar con los hijos, para preguntarles cómo se sienten por dentro, no sólo cómo van los estudios y la salud. Y



Es importante ver, abrazar con la mirada, quedarse, como los pastores, delante del Niño que está en brazos de la Madre.

Sin decir nada, sin preguntar nada, sin hacer nada.

Mirar en silencio, adorar, acoger con los ojos la ternura consoladora del Dios hecho hombre

María, a José, y al recién nacido acostado en el pesebre» (v. 16). Luego señala que, sólo después de haberlo visto (cf. v. 17), comenzaron a contar a los demás, llenos de asombro, sobre Jesús, y a glorificar y alabar a Dios por todo lo que habían oído y visto (cf. vv. 17-18.20). El punto de inflexión fue haberlo visto. Es importante ver, abrazar con la mirada, quedarse, como los pastores, delante del Niño que está en brazos de la Madre. Sin decir nada, sin preguntar nada, sin hacer nada. Mirar en silencio, adorar, acoger con los ojos la ternura consoladora del Dios hecho hombre; de María, Madre suya y nuestra.

Al comienzo del año, entre tantas novedades que quisiéramos experimentar y las tantas cosas que quisiéramos llevar a cabo, tomémos tiempo para ver, es decir, para abrir los ojos y mantenerlos abiertos ante lo que es verdaderamente importante: Dios y los demás.

Tengamos el valor de sentir el asombro del encuentro, que es el estilo de Dios, algo muy distinto a la

cuánto bien nos hace escuchar a los ancianos, al abuelo y a la abuela, para mirar la profundidad de la vida y redescubrir las raíces. Preguntémos entonces si somos capaces de ver a quienes viven a nuestro lado, a quienes viven en nuestro condominio, a quienes encontramos cada día por las calles.

Hermanos y hermanas, imitemos a los pastores: ¡aprendamos a ver! A entender con el corazón, viendo. Aprendamos a ver.

Ir y ver. Hoy el Señor ha venido entre nosotros y la Santa Madre de Dios lo pone ante nuestros ojos. Redescubramos, en el impulso de ir y en el asombro de ver, los secretos para hacer este año verdaderamente nuevo, y vencer el cansancio de quedarnos quietos o la falsa paz de la seducción.

Y ahora, hermanos y hermanas, los invito a todos ustedes a mirar a Nuestra Señora. Aclamémosla tres veces: ¡Santa Madre de Dios! como hacía el pueblo en Éfeso. ¡Santa Madre de Dios! ¡Santa Madre de Dios! ¡Santa Madre de Dios!

Madre de Dios. Y hoy encomendamos a la Madre Santísima al amado Papa emérito Benedicto XVI, para que lo acompañe en su paso de este mundo a Dios.

Reemos a la Madre de modo especial por los hijos que sufren y ya no tienen fuerzas para rezar, por tantos hermanos y hermanas afectados por la guerra en tantas partes de mundo, que viven estos días de fiesta en la oscuridad y a la intemperie, en la miseria y con miedo, sumergidos en la violencia y en la indiferencia. Por tantos que no tienen paz, aclamemos a María, la mujer que ha traído al mundo al Príncipe de la paz (cf.

con los pobres.

El Evangelio subraya de los pastores, sobre todo, dos gestos muy sencillos, que, sin embargo, no siempre son fáciles. Los pastores fueron y vieron. Dos gestos: ir y ver.

En primer lugar, ir. El texto dice que los pastores «fueron, rápidamente» (Lc 2,16). No se quedaron quietos. Era de noche, tenían que cuidar a sus rebaños y seguramente estaban cansados; podrían haber esperado a que amaneciera, aguardar a que saliera el sol para ir a ver a un Niño acostado en un pesebre. En cambio, fueron rápidamente, porque ante las cosas importantes es necesario reaccionar con prontitud, no posponerlas; porque «la gracia del Espíritu Santo ignora la lentitud» (S. Ambrosio, *Comentario sobre el Evangelio de San Lucas*, 2). Y así, encontraron al Mesías, al esperado durante siglos, a quien tantos buscaban.

Hermanos, hermanas, para acoger a Dios y su paz no podemos quedarnos inmóviles, no podemos permanecer esperando cómodamente a que las cosas mejoren. Hay que levantarse, aprovechar las oportunidades que nos da la gracia, ir, arriesgar. Es necesario arriesgar. Hoy, al comienzo del año, en lugar de sentarnos a pensar y a esperar que las cosas cambien, nos vendría bien preguntarnos: “Yo, ¿hacia dónde quiero ir este año? ¿A quién voy a hacer el bien?”. Muchos, en la Iglesia y en la sociedad, esperan el bien que tú y sólo tú puedes hacer, esperan tu servicio. Y ante la pereza que

Reemos a la Madre de modo especial por los hijos que sufren y ya no tienen fuerzas para rezar, por tantos hermanos y hermanas afectados por la guerra en tantas partes de mundo, que viven estos días de fiesta en la oscuridad y a la intemperie, en la miseria y con miedo, sumergidos en la violencia y en la indiferencia

y permitió a Dios acercarse, por medio de María, a nuestras vidas y a nuestra historia. Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, se recita en una gran diversidad de lenguas, con las cuentas del rosario y en los momentos de necesidad, ante una imagen sagrada o por la calle. A esta invocación, la Madre de Dios siempre responde, escucha nuestras peticiones, nos bendice con su Hijo entre los brazos, nos trae la ternura de Dios hecho carne. Nos da, en

Is 9,5; Ga 4,4). En ella, Reina de la paz, se realiza la bendición que hemos escuchado en la primera lectura: «Que el Señor te descubra su rostro y te conceda la paz» (Nm 6,26). A través de las manos de una Madre, la paz de Dios quiere entrar en nuestras casas, en nuestros corazones, en nuestro mundo. Pero, ¿cómo podemos acogerla?

Dejémos aconsejar por los protagonistas del Evangelio de hoy, los primeros que vieron a la Madre con



El Ángelus del 1 de enero

Guerra intolerable que siembra muerte y destrucción

El recuerdo a Benedicto XVI fiel servidor del Evangelio y de la Iglesia

Al término de la misa celebrada en la basílica vaticana, a mediodía del primer día del nuevo año el Papa Francisco se asomó a la ventana de su estudio privado en el Palacio Apostólico para el rezo del Ángelus con los cuarenta mil fieles y peregrinos congregados en la Plaza de San Pedro. Publicamos, a continuación, la meditación con la que el Pontífice introdujo la oración mariana, recordando a su predecesor Benedicto XVI, fallecido el día anterior.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y feliz año!

El inicio de un nuevo año está encomendado a María Santísima, que hoy celebramos como Madre de Dios. En estas horas invocamos su intercesión en particular por el Papa emérito Benedicto XVI, que ayer por la mañana dejó este mundo. Nos unimos todos juntos, con un único corazón y una única alma, dando gracias a Dios por el don de este fiel servidor del Evangelio y de la Iglesia. Hemos visto recientemente en la televisión, en "Sua Immagine", toda la actividad y la vida del Papa Benedicto. Mientras todavía contemplamos a María en la gruta donde nació Jesús, podemos preguntarnos: ¿Con qué lenguaje nos habla la Virgen Santa? ¿Cómo habla María? ¿Qué podemos aprender de ella para este año que comienza? Podemos decir: "Nuestra Señora, enséñanos qué debemos hacer, en este año...". En realidad, si observamos la escena que nos presenta la Liturgia de hoy, notamos que María no habla. Ella acoge con sorpresa el misterio que vive, custodia todo en su corazón y, sobre todo, se preocupa del Niño, que —dice el Evangelio— estaba «acostado en el pesebre» (Lc 2,16). Este verbo "acostar" significa colocar con cuidado. Y nos dice que el lenguaje propio de María es el de la maternidad: cuidar con ternura del Niño.



Esta es la grandeza de María: mientras los ángeles hacen una fiesta, los pastores acuden y todos alaban a Dios en voz alta por el acontecimiento que había sucedido, María no habla, no entretiene a los invitados explicando lo que le ha sucedido, no roba el protagonismo —¡a nosotros nos gusta tanto robar el protagonismo! — al contrario, pone en el centro al Niño, cuidándolo con amor. Una poetisa escribió que María «sabía también estar solemnemente muda, [...] porque no quería perder de vista a su Dios» (A. Merini, *Corpo d'amore. Un incontro con Gesù* [Cuerpo de amor. Un encuentro con Jesús], Milán 2001, 114). Este es el lenguaje típico de la maternidad: la ternura del cuidado. De hecho, después de haber llevado en el vientre durante nueve meses el don de un misterioso prodigio, las madres continúan poniendo en el centro de todas las atenciones a sus niños: los alimentan, los estrechan entre sus brazos, los acuestan con dulzura en la cuna. Cuidar: este es

también el lenguaje de la Madre de Dios; un lenguaje de madre: cuidar. Hermanos y hermanas, como todas las madres, María lleva en su vientre la vida y, así, nos habla de nuestro futuro. Pero al mismo tiempo nos recuerda que, si queremos realmente que el nuevo año sea bueno, si queremos reconstruir la esperanza, hay que abandonar los lenguajes, los gestos y las decisiones inspiradas en el egoísmo y aprender el lenguaje del amor, que es cuidado. Cuidar es un lenguaje nuevo, que va contra los lenguajes del egoísmo. Este es el compromiso: cuidar nuestra vida —cada uno de nosotros debe cuidar de su propia vida—; cuidar de nuestro tiempo, de nuestra alma; cuidar la creación y el ambiente en el que vivimos; y, aún es más, cuidar a nuestro prójimo, a aquellos a los que el Señor nos ha puesto al lado, como también a los hermanos y a las hermanas que están necesitados e interpelan nuestra atención y nuestra compasión. Mirando a la Virgen con el Niño, mientras

cuidar del Niño, nosotros aprendemos a cuidar de los demás, y también de nosotros mismos, cuidando la salud interior, la vida espiritual, la caridad. Al celebrar hoy la Jornada Mundial de la Paz, retomemos conciencia de la responsabilidad que se nos ha confiado para construir el futuro: frente a las crisis personales y sociales que vivimos, frente a la tragedia de la guerra «estamos llamados a afrontar los retos de nuestro mundo con responsabilidad y compasión» (*Mensaje para la LVI Jornada Mundial de la Paz*, 5). Y podemos hacerlo si nos cuidamos unos a otros y si, todos juntos, cuidamos nuestra casa común. Imploramos a María Santísima, Madre de Dios, para que en esta época contaminada por la desconfianza y por la indiferencia, nos haga capaces de compasión y de cuidado —capaces de tener compasión y de cuidar— capaces de «comoverse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 169).

Al final del Ángelus, el Pontífice ofreció sus mejores deseos para 2023 a los Presidentes de la República y del Gobierno italianos y recordó el drama de la guerra en Ucrania. En este sentido, saludó a los participantes en la marcha nacional celebrada la víspera en Altamura y a la Comunidad de Sant'Egidio —cuyos miembros portaban las tradicionales pancartas con los nombres de las naciones afectadas por conflictos— comprometida con "la paz en todas las tierras".

A todos vosotros aquí presentes y a cuantos siguen a través de los medios dirijo las mejores felicitaciones por el nuevo año. Expreso viva gratitud al Presidente de la República Italiana, el honorable Sergio Mattarella, invocando prosperidad para el pueblo italiano; con las mismas felicitaciones también para

la Presidenta del Gobierno. En este día, que san Pablo VI quiso dedicar a la oración y a la reflexión por la paz en el mundo, sentimos aún más fuerte, intolerable, el contraste de la guerra, que en Ucrania y en otras regiones siembra muerte y destrucción. Sin embargo, no perdemos la esperanza, porque tenemos fe en Dios, que en Jesucristo nos ha abierto la vía de la paz. La experiencia de la pandemia nos enseña que nadie puede salvarse solo, pero que juntos podemos recorrer senderos de paz y de desarrollo.

En el mundo entero, en todos los pueblos se alza el grito: ¡no a la guerra! ¡No al rearme! Que los recursos se destinen al desarrollo: salud, alimentación, educación, trabajo. Entre las innumerables iniciativas promovidas por las comunidades cristianas, recuerdo la Marcha nacional que se llevó a cabo ayer en Altamura, después de las cuatro caravanas que llevaron solidaridad a Ucrania. Saludo y agradezco a los numerosos amigos de la Comunidad de Sant'Egidio, que han venido también este año a testimoniar su compromiso por la "paz en todas las tierras", aquí y en muchas ciudades del mundo. ¡Gracias, queridos hermanos y hermanas de Sant'Egidio! Saludo a las dos bandas musicales procedentes de Virginia y Alabama, en los Estados Unidos de América —¡después queremos escucharles!— Saludo a los jóvenes del Movimiento Regnum Christi —¡gracias! ¡Se hacen oír!— de varios países de América y de Europa; así como también a los muchachos y a las familias de la Comunidad del Cenáculo, con una bendición a Madre Elvira y a todas las comunidades. Deseo a todos un feliz domingo y feliz año. No os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto.

La monja chilena que ha dedicado su vida a acompañar a mujeres presas

Un día más de vida y un día menos en prisión

NELLY LEÓN

Estoy en la cárcel desde hace 22 años porque Dios me amó y se entregó por mí. No pago una condena, sino que desde mi fragilidad intento responder a la vocación que el Señor me regaló de contemplarlo y servirlo en miles de mujeres privadas de libertad, la mayoría de ellas por delitos que cometieron como consecuencia de la pobreza en que nacieron. Me llamo Nelly León, soy religiosa de la Congregación del Buen Pastor, y actualmente administro uno de los pabellones del Penal Femenino de Santiago de Chile. También dirijo la Fundación "Mujer, levántate", que potencia la reinserción social, laboral y familiar de aquellas hermanas mías que, después de años tras las rejas, recuperan su libertad y no quieren volver a delinquir. Así, como capellana de la Cárcel de Mujeres entro y salgo todos los días de ese mundo marcado por el dolor, la rabia, la culpa, la frustración, pero, sobre todo, por el padecimiento de esas madres que viven separadas de sus hijos. Cuando en 2020 el coronavirus se expandió por el mundo, las cárceles en

Chile prohibieron totalmente las visitas, incluyendo el acompañamiento religioso. Ante mi insistencia por no abandonar a las mujeres, me ofrecieron permanecer dentro de la cárcel, pero sin la posibilidad de salir hasta que acabaran las restricciones. Acepté convencida de que eso era lo que Dios me pedía, "porque estuve en la cárcel y me fuiste a ver". El encierro duró 18 meses, y hoy puedo decir que ese tiempo en el penal fue lo mejor que me pudo haber pasado en mi vida consagrada. Antes, cuando me retiraba al terminar la jornada, se producía un quiebre, porque dejaba detrás mucha amargura, el llanto de las mujeres y los encuentros de consolución que habíamos compartido durante la jornada.

El haberme quedado en la cárcel durante la pandemia me permitió atenderlas hasta más tarde y también recorrer los pasillos durante la noche, en medio de un gran silencio, que cada cierto rato se quebraba por los desgarradores gritos de angustia que salían desde las celdas. Esta experiencia, que marcó un antes y un después en mi vida, me llevó a conocer más profunden-



te a estas mujeres, sus historias, sus dolores y las motivaciones de sus corazones. Ellas habitan por años en un lugar donde no quieren estar y en condiciones que no quieren vivir, y esta es una herida abierta que genera sufrimiento y nostalgia, sentimientos que se acrecientan ahora que se aproxima la Navidad. Mientras en todos los hogares de Chile las familias se reunirán, en la cárcel las

mujeres seguirán el mismo ritmo cotidiano de encierro y soledad. Durante la Nochebuena su mayor angustia es no poder darles un regalo a sus hijos, y esa ansia fue mayor en tiempos de Covid. Por eso, ese 2020 recolectamos materiales y cada una preparó coloridas tarjetas de Navidad para sus hijos, que por medio de una red de colaboradores llevamos hasta sus hogares. A los ni-

ños más pequeños también les hicimos llegar regalos en nombre de sus madres. Igualmente, ese año la Providencia permitió que celebráramos la misa dentro del penal, aunque de modo más sobrio y menos concurrido, porque es una tradición que el 24 de diciembre nuestra misa de Navidad sea presidida por el Arzobispo de Santiago. Este año, por primera vez tras el fin de la pandemia, podremos festejar en grande, y hemos conseguido el permiso para instalar en los patios de la cárcel juegos inflables para niños y usar cámaras fotográficas. Además, habrá helados y golosinas que las internas disfrutarán junto a sus hijos.

Cada uno de ellos recibirá un regalo de su madre o de su abuela. También haremos liturgias en cada uno de los pabellones de la cárcel, llevando la imagen del Niño Jesús. Escucharemos la Palabra de Dios, cantaremos villancicos y tendremos momentos de oración y recogimiento. Esto nos permitirá también acompañar a aquellas mujeres que más sufren la soledad, ya sea porque nadie las visita o porque, siendo extranjeras, tienen a sus familiares en otro país. Durante este

tiempo de preparación para la Navidad, que hemos vivido solemnemente encendiendo las velas de la corona de Adviento, se percibe un ambiente de sentimientos mixtos entre la angustia de una vida tras las rejas y la esperanza que trae el Salvador.

Pero, sin duda, hay una mayor disposición a promover la armonía y a ponerse al servicio unas de otras. Y, así, va quedando en evidencia la profunda humanidad que también habita en este lugar inhóspito. Una humanidad herida, pero que clama por su dignidad. Las mujeres recuerdan muy bien lo que el Papa Francisco les dijo personalmente cuando las visitó en enero de 2018: "Ustedes están privadas de su libertad, no de su dignidad", y por eso muchas se esmeran en salir adelante.

La Navidad de 2022 será una nueva ocasión para promover esa dignidad que ellas tienen como hijas amadas de Dios, y yo junto a ellas podré orar una vez más, esta vez junto al Niño Jesús: "Gracias, Señor, por un día más de vida y uno menos de condena".

#Sistersproject

Carta Apostólica del Papa Francisco

En el IV centenario de la muerte de san Francisco de Sales

Totum amoris est

“Todo pertenece al amor”. En estas palabras podemos recoger la herencia espiritual legada por san Francisco de Sales, que murió hace cuatro siglos, el 28 de diciembre de 1622, en Lyon. Tenía poco más de cincuenta años y, durante los últimos veinte años, había sido obispo y príncipe “exiliado” de Ginebra. Había llegado a Lyon después de su última misión diplomática. El duque de Saboya le había pedido que acompañara al cardenal Mauricio de Saboya a Aviñón. Juntos habrían rendido homenaje al joven rey Luis XIII, que regresaba a París, subiendo el valle del Ródano, luego de una victoriosa campaña militar en el sur de Francia. Cansado y con la salud deteriorada, Francisco se había puesto en camino por puro espíritu de servicio. “Si no fuera tan útil a su servicio que yo haga este viaje, tendría, ciertamente,

ventud era capaz de hacerse camino abriendo horizontes nuevos e impredecibles en un mundo en rápida transición”. Francisco destaca del santo francés su capacidad para “interrogarse en todo momento, en toda decisión, en toda circunstancia de la vida dónde reside el mayor amor”. Y apunta: “No es casualidad que san Francisco de Sales haya sido llamado por san Juan Pablo II ‘doctor del amor divino’, no fue sólo porque escribió un magnífico Tratado sobre este tema, sino sobre todo porque fue testigo de ese amor. Por otra parte, sus escritos no se pueden considerar como una teoría redactada en un escritorio, lejos de las preocupaciones del hombre común. Su enseñanza, en efecto, nació de una escucha atenta de la experiencia. Él no hizo más que transformar en doctrina lo que vivía y

profundización constante de sus vivencias, había tenido la nítida percepción del cambio de los tiempos. Ni él mismo hubiera llegado a imaginar que en esto reconocería una gran oportunidad para el anuncio del Evangelio. La Palabra que había amado desde su juventud era capaz de hacerse camino abriendo horizontes nuevos e impredecibles en un mundo en rápida transición. Es lo que también nos espera como tarea esencial para este cambio de época: una Iglesia no autorreferencial, libre de toda mundani-

sus debilidades”. En esta visión, comenta el Papa, está “el optimismo salesiano, que ha dejado su huella permanentemente en la historia de la espiritualidad y que ha florecido sucesivamente, como en el caso de don Bosco dos siglos después”. Hacia el final de su vida, así veía su tiempo: “El mundo se está volviendo tan delicado, que dentro de poco nadie se atreverá más a tocarlo, sino con guantes de seda, ni a medicar sus llagas, sino con cataplasmas de cebolla; pero, ¿qué importa, si los hombres son curados y, en

de los periodistas. El Pontífice subraya que la influencia del ministerio episcopal de san Francisco de Sales en la Europa de esa época y de los siglos posteriores resulta inmensa. “Fue apóstol, predicador, escritor, hombre de acción y de oración; comprometido en hacer realidad los ideales del concilio de Trento; implicado en la controversia y en el diálogo con los protestantes, experimentando cada vez más la eficacia de la relación personal y de la caridad, más allá del necesario enfrentamiento teológico; encargado de mi-

raciones”. “La forma persuasiva”, comenta el Papa, “de una invitación que deja intacta la libertad del hombre”.

Verdadera y falsa devoción

La segunda gran decisión crucial del santo de Sales, para el Pontífice, “fue la de haberse centrado en la cuestión de la devoción”. “También en este caso, el nuevo cambio de época había formulado no pocos interrogantes, tal como ocurre en nuestros días. Dos aspectos en particular requieren que sean comprendidos y revitalizados también hoy. El primero se refiere a la idea misma de devoción, el segundo, a su carácter universal y popular”, apunta el Pontífice. Al comienzo de la “Filotea”, como san Francisco rebautiza su primera gran obra, la Introducción a la vida devota, subraya que de devoción verdadera “sólo hay una”, y que “si no la conoces, podrías sufrir engaño determinándote a seguir alguna devoción inconveniente y superstitiosa”. Esta es la descripción que hace de la falsa devoción: va desde “el que se siente inclinado a ayunar se considerará muy devoto si no come, aunque su corazón esté lleno de rencor; y mientras por sobriedad no se atreva a mojar su lengua, no digo en vino, pero ni siquiera en agua, no temerá teñirla en la sangre del prójimo mediante maledicencias y calumnias” hasta los que rezan “diariamente un sinnúmero de oraciones, aunque después su lengua se desate de continuo en palabras insolentes, arrogantes e injuriosas contra sus familiares y vecinos”. Y quien da limosna a los pobres, “pero no es capaz de sacar dulzura de su corazón perdonando a sus enemigos”.

El éxtasis de la vida

En el último capítulo de la carta apostólica, titulado “El éxtasis de la vida”, el Pontífice resume el pensamiento sobre la vida cristiana de San Francisco de Sales, que no es “un retirada intimista” en el propio corazón ni mucho menos una “obediencia triste y gris” a los mandamientos, porque “quien presume de elevarse hacia Dios, pero no vive la caridad para con el prójimo, se engaña a sí mismo y a los demás”. En cambio, la vida cristiana es una existencia que “ante toda aridez y frente a la tentación de replegarse sobre sí, ha encontrado nuevamente la fuente de la alegría”, porque quien vive el verdadero amor encuentra la libertad de amar y “el origen de este amor que atrae el corazón es la vida de Jesucristo”, que dio su vida por nosotros.

Su enseñanza, en efecto, nació de una escucha atenta de la experiencia. Él no hizo más que transformar en doctrina lo que vivía y leía en su singular e innovadora acción pastoral, gracias a una agudeza iluminada por el Espíritu

muy buenas y sólidas razones para eximirme de él; pero, si se trata de su servicio, vivo o muerto, no me echaré atrás, sino que iré o me haré arrastrar”. Este era su carácter. Finalmente, cuando llegó a Lyon se alojó en el monasterio de las Visitandinas, en la casa del jardinero, para no causar demasiadas molestias y, al mismo tiempo, ser más libre para encontrarse con quien lo necesitara”. Así comienza la Carta Apostólica *Totum amoris est*, “Todo pertenece al amor”, publicada a cuatrocientos años exactos de la muerte del santo obispo francés, san Francisco de Sales. En el texto, el Papa Francisco afirma que este doctor de la Iglesia, en una época de grandes cambios, supo ayudar a los hombres a buscar a Dios en la caridad, la alegría y la libertad.

leía en su singular e innovadora acción pastoral, gracias a una agudeza iluminada por el Espíritu. Una síntesis de este modo de proceder se encuentra en el Prólogo del mismo Tratado del amor de Dios: “Todo en la Iglesia es para el amor, en el amor, por el amor y del amor”. Francisco de Sales nació el 21 de agosto de 1567 en el castillo de Sales, en el ducado de Saboya. Perteneció a una familia noble y se educó con los jesuitas de Clermont. Doctorado en Derecho, fue ordenado sacerdote en 1594. Como párroco de Chablais y como obispo de Ginebra fue un gran predicador y un reconocido teólogo. Con sus obras, Introducción a la vida devota y Tratado del amor de Dios, enseñó a los cristianos la devoción y el amor a Dios. Murió el 28 de diciembre de 1622. Canonizado en 1665 por el papa Alejandro VII, fue nombrado doctor de la Iglesia en 1877 por Pío IX. Es el patrón de periodistas y escritores.

Las preguntas de un cambio de Dios, un poco por índole personal, y también por la profundización constante de sus vivencias, había tenido la nítida percepción del cambio de los tiempos. Ni él mismo hubiera llegado a imaginar que en esto reconocería una gran oportunidad para el anuncio del Evangelio. La Palabra que había amado desde su ju-

Francisco se interroga sobre “el legado para nuestra época” de San Francisco de Sales, y explica que su flexibilidad y su capacidad de visión le parecen “iluminadoras”. El Pontífice apunta al respecto: “Un poco por don de Dios, un poco por índole personal, y también por la



dad pero capaz de habitar el mundo, de compartir la vida de la gente, de caminar juntos, de escuchar y de acoger. Es lo que realizó Francisco de Sales leyendo su época con ayuda de la gracia. Por eso, él nos invita a salir de la preocupación excesiva por nosotros mismos, por las estructuras, por la imagen social, y a preguntarnos más bien cuáles son las necesidades concretas y las esperanzas espirituales de nuestro pueblo. Por tanto, releer algunas de sus decisiones cruciales es importante también hoy, para vivir el cambio con sabiduría evangélica”.

El descubrimiento de un mundo nuevo

En su dirección espiritual, san Francisco de Sales -explica el Papa Francisco- habla de una manera nueva, utilizando “un método que renunciaba a la severidad y confiaba plenamente en la dignidad y capacidad de un alma devota, no obstante

definitiva, salvados? Nuestra reina, la caridad, hace todo por sus hijos. No era algo que se daba por sentado, ni mucho menos una rendición final frente a una derrota. Se trataba, más bien, de la intuición de un cambio que estaba en curso y de la exigencia, totalmente evangélica, de comprender cómo poder habitarlo”.

Hombre de diálogo

San Francisco de Sales, incluso en el diálogo con los protestantes, recuerda el Papa citando a Benedicto XVI, experimentó “cada vez más la eficacia de la relación personal y de la caridad”. En contacto con personas de confesión calvinista, el santo fue un hábil controversista, pero también un hombre de diálogo, “inventor de originales y audaces praxis pastorales, como las famosas ‘hojas volantes’, que se colgaban en todas partes e incluso se deslizaban debajo de las puertas de las casas”. Por eso fue elegido patrono

siones diplomáticas a nivel europeo, y de tareas sociales de mediación y reconciliación. Sobre todo, fue intérprete del cambio de época y guía de las almas en un tiempo que tenía sed de Dios de un modo nuevo”, apunta el Papa.

Las preguntas de un cambio de época

La segunda parte de la Carta Apostólica examina el legado de San Francisco de Sales para nuestro tiempo, releendo “algunas de sus decisiones cruciales, para vivir el cambio con sabiduría evangélica”. La primera fue “releer y volver a proponer a cada uno, en su condición específica, la feliz relación entre Dios y el ser humano”, como hace el santo en su Tratado del amor de Dios. “La Providencia divina acostumbra atraer nuestros corazones a su amor”, escribe, sin ninguna imposición, sino “cadenas de hierro”, sino “mediante invitaciones, dulces encantos y santas inspi-

Fallecimiento del Papa emérito Benedicto XVI

“Dios es amor” la clave del pontificado de Benedicto XVI

VIENE DE LA PÁGINA 1

dada al periodista Peter Seewald en el libro-entrevista ‘La luz del mundo’, publicado tres años antes, había anticipado algo: “Cuando un Papa llega a la clara constatación de que ya no está en condiciones físicas, mentales y espirituales de llevar a cabo la tarea que se le ha confiado, entonces tiene el derecho y, en algunas circunstancias, incluso el deber de renunciar”. A pesar de que el epílogo de su pontificado fue anterior al final de su vida, constituyendo un precedente histórico de enorme trascendencia, sería mezquino recordar a Benedicto XVI solo por esto.

“Teenager” teológico en el Concilio

Nacido en 1927, hijo de un gendarme, en el seno de una familia sencilla y muy católica de Baviera, Joseph Ratzinger fue una figura destacada de la Iglesia del siglo pasado. Ordenado sacerdote junto con su hermano Georg en 1951, se doctoró en teología dos años más tarde y en 1957 obtuvo la licencia de profesor de teología dogmática. Enseñó en Freising, Bonn, Münster, Tubinga y, por último, Ratisbona. Con él desaparece el último de los Pontífices implicados personalmente en los trabajos del Concilio Vaticano II.

Siendo un teólogo muy joven y ya muy considerado, Ratzinger había seguido de cerca el concilio como experto del cardenal Frings de Colonia, cercano al ala reformista. Él fue uno de los que criticaron duramente los planes preparatorios elaborados por la Curia Romana, que posteriormente fueron desechados por decisión de los obispos. Para el joven teólogo Ratzinger, los textos “deberían dar respuesta a las cuestiones más apremiantes y deberían hacerlo, en la medida de lo posible, no juzgando y condenando, sino utilizando un lenguaje maternal”.

Ratzinger exalta la nueva reforma litúrgica y las razones de su providencial inevitabilidad. Según él, para redescubrir la verdadera naturaleza de la liturgia era necesario “romper el muro del latín”.

Custodio de la fe con Wojtyła

Pero el futuro Benedicto XVI también fue testigo directo de la crisis postconciliar, de la contestación en las universidades y facultades de teología. Es testigo del cuestionamiento de las verdades esenciales de la fe y de la experimentación salvaje en el ámbito litúrgico. Ya en 1966, un año después del final del Concilio, dijo que veía el avance de un “cristianismo a precios rebajados”.



La visita a Auschwitz (28 de mayo de 2006)

Pablo VI lo nombró en 1977 arzobispo de Munich con apenas 50 años de edad, y unas semanas más tarde le creó cardenal. En noviembre de 1981 Juan Pablo II le confió la dirección de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Fue el comienzo de una sólida colaboración entre el Papa polaco y el teólogo bávaro, destinada a disolverse solo con la muerte de Wojtyła, que hasta el final rechazó la dimisión de Ratzinger, no queriendo privarse de él.

Fueron los años en los que el antiguo Santo Oficio puso los puntos sobre las íes en muchos asuntos: frenó la Teología de la Liberación que utiliza el análisis marxista, y se posicionó frente a la aparición de grandes problemas éticos.

La obra más importante es, sin duda, el nuevo Catecismo de la Iglesia Católica, un trabajo que duró seis años y vio la luz en 1992.

“Humilde trabajador de la viña”

Tras la muerte de Wojtyła, el cónclave de 2005 llamó a sucederlo en menos de 24 horas a un hombre ya anciano -tenía 78 años-, universalmente estimado y respetado incluso por sus adversarios. Desde el balcón de la Basílica de San Pedro, Benedicto XVI se presenta como “un humilde trabajador en la viña del Señor”. Ajeno a cualquier

protagonismo, dice que no tiene “ningún programa”, sino que quiere ponerse “a la escucha, con toda la Iglesia, de la Palabra y de la voluntad del Señor”.

Auschwitz y Ratisbona

Inicialmente reacio, no renuncia a los viajes: el suyo será un pontificado itinerante como el de su predecesor. Uno de los momentos más conmovedores fue la visita a Auschwitz en mayo de

tonces, el Papa multiplicará sus muestras de atención hacia los musulmanes. Benedicto XVI afronta viajes difíciles, se enfrenta a la secularización galopante de las sociedades desecularizadas y a las disensiones en el seno de la Iglesia.

Celebra su cumpleaños en la Casa Blanca junto a George Bush Jr. y unos días después, el 20 de abril de 2008, reza en la Zona Cero abrazando a los familiares de las víctimas del 11 de septiembre.

También encuentra tiempo para escribir un libro sobre Jesús de Nazaret, una obra única que se publicará en tres tomos. Entre las decisiones que hay que recordar están el Motu proprio que liberaliza el misal romano preconiliar y la creación de un Ordinariato para permitir a las comunidades anglicanas volver a la comunión con Roma

2006, en la que el Papa alemán dijo: “En un lugar como éste, las palabras sobran, lo único que queda es un silencio estremecedor, un silencio que es un grito interior a Dios: ¿Por qué has podido tolerar todo esto?”. 2006 es también el año del caso Ratisbona, cuando una antigua frase sobre Mahoma, que el Pontífice cita sin hacerla suya en la universidad en la que fue profesor, es instrumentalizada y desencadena protestas en el mundo islámico. Desde en-

La Encíclica sobre el Amor de Dios

Aunque como Prefecto del antiguo Santo Oficio fue tachado a menudo de “Cardenal Panzer”, como Papa habla continuamente de la “alegría de ser cristiano”, y dedica su primera encíclica al amor de Dios, “Deus caritas est”. “No se comienza a ser cristiano -escribe- por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona”. También en-

contra encuentra tiempo para escribir un libro sobre Jesús de Nazaret, una obra única que se publicará en tres tomos. Entre las decisiones que hay que recordar están el Motu proprio que liberaliza el misal romano preconiliar y la creación de un Ordinariato para permitir a las comunidades anglicanas volver a la comunión con Roma. En enero de 2009, el Papa decide revocar la excomunión de los cuatro obispos ordenados ilícitamente por monseñor Marcel Lefebvre, entre ellos

documentos extraídos del escrinario papal y publicados en un libro. Benedicto XVI se muestra decidido y duro a la hora de afrontar el problema de la “suciedad” dentro de la Iglesia.

Introduce normas muy estrictas contra los abusos a menores, y pide a la Curia y a los obispos que cambien de mentalidad. Llega a decir que la persecución más grave para la Iglesia no proviene de sus enemigos exteriores, sino del pecado dentro de ella. Otra reforma importante es la financiera: es el Papa Ratzinger quien introduce la normativa contra el lavado de dinero en el Vaticano.

“Iglesia libre de dinero y poder”

Frente a los escándalos y al arribismo eclesiástico, el anciano Papa alemán sigue haciendo llamamientos a la conversión, la penitencia y la humildad.

Durante su último viaje a Alemania, en septiembre de 2011, invita a la Iglesia a ser menos mundana: “Los ejemplos históricos muestran que el testimonio misionero de la Iglesia desprendida del mundo resulta más claro. Liberada de fardos y privilegios materiales y políticos, la Iglesia puede dedicarse mejor y de manera verdaderamente cristiana al mundo entero; puede verdaderamente estar abierta al mundo...”.

también Richard Williamson, negacionista de las cámaras de gas.

Estalla la polémica en el mundo judío, el Papa toma papel y lápiz y escribe a los obispos del mundo asumiendo toda la responsabilidad.

La respuesta a los escándalos

Los últimos años están marcados por la reaparición del escándalo de la pedofilia y de los Vatileaks, filtración de

El fallecimiento del Papa emérito Benedicto XVI

Un recuerdo de Federico Lombardi

Una vida gastada en encontrar el rostro de Jesús

El ex portavoz de Benedicto XVI delineó un perfil de Joseph Ratzinger y de su extraordinaria misión centrada en la fe en Cristo. Una fe siempre en diálogo con la razón y, por ende, con el mundo; buscadora de la verdad, que no es un conjunto de conceptos, sino el Amor hecho carne.

FEDERICO LOMBARDI*

"Muy pronto me presentaré ante el juez definitivo de mi vida. Aunque pueda tener muchos motivos de temor y miedo cuando miro hacia atrás en mi larga vida, me siento, sin embargo, feliz porque creo firmemente que el Señor no solo es el juez justo, sino también el amigo y el hermano que ya padeció Él mismo mis deficiencias y por eso, como juez, es también mi abogado. En vista de la hora del juicio, la gracia de ser cristiano se hace evidente para mí. Ser cristiano me da el conocimiento y, más aún, la amistad con el juez de mi vida y me permite atravesar con confianza la oscura puerta de la muerte. A este respecto, recuerdo constantemente lo que dice Juan al principio del Apocalipsis: ve al Hijo del Hombre en toda su grandeza y cae a sus pies como muerto. Pero el Señor, poniendo su mano derecha sobre él, le dice: «¡No temas, soy yo!» (cf. Ap 1,12-17)". Así escribía Benedicto XVI en su última carta, fechada el 6 de febrero pasado, al final de unos dolorosos días "de examen de conciencia y reflexión", sobre las críticas que se habían vertido contra él por un asunto de abusos cuando era arzobispo de Múnich, más de 40 años antes.

Y finalmente ha llegado el momento del encuentro con el Señor. Desde luego, no puede decirse que fuera inesperado y que nuestro gran anciano llegara desprevenido. Si su predecesor nos había dado un precioso e inolvidable testimonio de cómo vivir en la fe a una dolorosa enfermedad progresiva hasta la muerte, Benedicto XVI nos ha dado un hermoso testimonio de cómo vivir en la fe la creciente fragilidad de la vejez durante muchos años hasta el final. El hecho de haber renunciado al papado en el momento oportuno le ha permitido -y a nosotros con él- recorrer este camino con gran serenidad.

Tuvo el don de completar su camino manteniendo la mente clara, acercándose con experiencia plenamente consciente a aquellas "realidades últimas" sobre las que había tenido como pocos el valor de pensar y hablar, gracias a la fe que había recibido y vivido. Como teólogo y como Papa nos había hablado de ello de manera profunda, creíble y convincente. Sus páginas y palabras sobre la escatología y su encíclica sobre la esperanza siguen siendo un regalo para la Iglesia, sobre el que su oración silenciosa puso el sello durante los largos años de retiro "en el

monte".

De las muchas cosas que se pueden recordar de su pontificado, la que sinceramente me pareció y me sigue pareciendo más extraordinaria fue que precisamente en esos años consiguió escribir y completar su trilogía sobre Jesús. ¿Cómo podía un Papa, con las responsabilidades y preocupaciones de la Iglesia Universal, que en realidad llevaba sobre sus hombros, llegar a escribir una obra como esa? Ciertamente, fue el resultado de toda una vida de reflexión e investigación. Pero, sin duda, la pasión interior y la motivación, debieron de ser formidables. Sus páginas salieron de la pluma de un estudioso, pero al mismo tiempo de un creyente que había comprometido su vida en la búsqueda del encuentro con el rostro de Jesús, y que veía en ello al mismo tiempo la realización de su vocación y su servicio a los demás.

En este sentido, por mucho que yo entienda que él dejó claro que ese trabajo no debía considerarse parte de su "magisterio pontificio", sigo pensando que es parte esencial de su testimonio de servicio como Papa, es decir, como creyente que reconoce en Jesús al Hijo de Dios, y en cuya fe también se puede seguir apoyando nuestra fe. Así, no puedo considerar casual que el momento de la decisión de renunciar al papado, es decir, el verano de 2012, coincida con el de la conclusión de la trilogía sobre Jesús. Fue el tiempo del cumplimiento de una misión centrada en la fe en Jesucristo.

No cabe duda de que el pontificado de Benedicto XVI se ha caracterizado más por su magisterio que por su acción de gobierno. "Era muy consciente de que mi punto fuerte -si es que tenía alguno- era el de presentar la fe de una manera adaptada a la cultura de nuestro tiempo". Una fe siempre en diálogo con la razón, una fe razonable; una razón abierta a la fe. El Papa Ratzinger fue justamente respetado por quienes viven atentos a los movimientos del pensamiento y del espíritu y buscan leer los acontecimientos en su significado más profundo y a largo plazo, sin detenerse en la superficie de los acontecimientos y los cambios. No por nada quedaron en la memoria algunos de sus grandes discursos ante auditorios no solo eclesiales, sino también de representantes de toda la sociedad, en Londres, Berlín... No temía a confrontar ideas y posturas divergentes, miraba con lealtad y clarividencia las grandes cuestiones, el oscurecimiento de la presencia de Dios en el horizonte de la humanidad sobre temporal, los interrogantes sobre el futuro de la Iglesia, particularmente en su país y en Europa. Y buscaba afrontar los problemas con lealtad, sin rehuirlos, aunque fueran dra-



máticos; pero la fe y la inteligencia de la fe siempre le permitieron encontrar una perspectiva de esperanza. El valor intelectual y cultural de Joseph Ratzinger es demasiado conocido como para que sea necesario repetir sus elogios. Quien supo comprenderlo y valorarlo para la Iglesia Universal fue Juan Pablo II. Durante 24 de los 26 años de pontificado de su predecesor, Ratzinger fue Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Dos personalidades diferentes, pero que fueron -permítanme decirlo- un "ensamble formidable". El vaticano pontificado del Papa Wojtyła no puede pensarse adecuadamente, doctrinalmente hablando, sin la presencia del Cardenal Ratzinger y la confianza depositada en él, en su teología eclesial, en la amplitud y equilibrio de su pensamiento. Fue un servicio a la unidad de la fe de la Iglesia en las décadas posteriores al Concilio Vaticano II, afrontando tensiones y desafíos de época en el diálogo con el judaísmo, el ecumenismo, el diálogo con otras religiones, la confrontación con el marxismo, en el contexto de la secularización y la transformación de la visión del hombre y la sexualidad. También logra proponer una síntesis doctrinal tan amplia y armoniosa como la del Catecismo de la Iglesia Católica, acogida por la inmensa mayoría de la comunidad eclesial con un consenso inesperado, para llevar a esta comunidad a cruzar el umbral del tercer milenio sintiéndose portadora de un mensaje de salvación para la humanidad. En realidad, esa larguísima y extraordinaria colaboración fue la preparación del pontificado de Benedicto XVI, visto por los cardenales como el más idóneo continuador y sucesor de la obra del Papa Wojtyła. Una mirada global al ca-

mino que recorrió Joseph Ratzinger no escapa a la continuidad de su hilo conductor y, al mismo tiempo, a la progresiva ampliación del horizonte de su servicio. Es algo que impresionó. La vocación de Joseph Ratzinger es, desde el principio, una vocación sacerdotal, al mismo tiempo al estudio teológico y al servicio litúrgico y pastoral. Progresó en sus distintas etapas, desde el seminario hasta sus primeras experiencias pastorales y la enseñanza universitaria. Luego, su horizonte se amplía primero a la experiencia de la Iglesia Universal con su participación en el Concilio y su relación con los grandes teólogos de la época; después vuelve a la actividad académica del estudio teológico en profundidad, pero siempre en medio del debate y de la experiencia eclesial. Posteriormente, ensancha de nuevo su horizonte en el servicio pastoral de la gran arquidiócesis de Múnich; y pasa definitivamente al servicio de la Iglesia Universal con la llamada a Roma para la dirección de la Doctrina de la Fe. Al final, una nueva llamada lo lleva al gobierno de toda la comunidad eclesial. Este horizonte se hizo total no solo para el pensamiento, sino también para el servicio sacerdotal y pastoral: servir a toda la comunidad eclesial, guiarla con inteligencia por los caminos de nuestro tiempo, preservar la unidad y la autenticidad de su fe. El lema elegido con ocasión de su ordenación episcopal, "Cooperadores de la verdad" (3 Jn 8), expresa muy bien todo el hilo conductor de la vida y la vocación de Joseph Ratzinger, si se comprende que para él la verdad no era en absoluto un conjunto de conceptos abstractos, sino que se encarnaba en última instancia en la persona de Jesucristo. El pontificado de Benedicto XVI es y será también común-

mente recordado como un pontificado marcado por tiempos de crisis y dificultades. Esto es cierto y no sería justo pasar por alto este aspecto. Pero hay que verlo y evaluarlo no superficialmente. En cuanto a las críticas y oposiciones internas o externas, él mismo recordó con una sonrisa que varios otros papas habían tenido que afrontar momentos y situaciones mucho más dramáticas. Sin necesidad de remontarse a las persecuciones de los primeros siglos, basta pensar en Pío IX, o en Benedicto XV cuando había condenado la "matanza inútil", o en las situaciones de los papas durante las guerras mundiales. Así que no se consideraba un mártir. Ningún Papa puede imaginarse no encontrarse con críticas, dificultades y tensiones. Esto no quita que, llegado el caso, supiera reaccionar a las críticas con vivacidad y decisión, como ocurrió con la inolvidable Carta escrita a los obispos en 2009, tras el asunto de la remisión de la excomunión a los lefebvistas y el 'Caso Williamson', una carta apasionada de la que su secretario me comentó que expresaba a 'Ratzinger en estado puro'. Pero la cruz más pesada de su pontificado, cuya gravedad ya había empezado a percibir durante su etapa en la Doctrina de la Fe, y que sigue manifestándose como una prueba y un desafío para la Iglesia de proporciones históricas, es el asunto de los abusos sexuales. Esto fue también causa de críticas y ataques personales contra él hasta sus últimos años, y por tanto también de un profundo sufrimiento. Habiendo estado también muy implicado en estos asuntos durante su pontificado, estoy firmemente convencido de que vio cada vez con mayor claridad la gravedad de los problemas y tuvo un gran mérito al abordarlos con amplitud y profundidad

de miras en sus diversas dimensiones: la escucha de las víctimas, el rigor en la búsqueda de la justicia ante los crímenes, la curación de las heridas, el establecimiento de normas y procedimientos adecuados, la formación y la prevención del mal. Este fue solo el inicio de un largo camino, pero en la dirección correcta y con mucha humildad. Benedicto nunca se preocupó por una "imagen" de sí mismo o de la Iglesia que no correspondiera a la verdad. E incluso en este campo ha actuado siempre desde la perspectiva de un hombre de fe. Más allá de las medidas pastorales o jurídicas, necesarias para afrontar el mal en sus manifestaciones, sintió el poder terrible y misterioso del mal y la necesidad de apelar a la gracia para no dejarse aplastar por él en la desesperación y encontrar el camino de curación, de conversión, de penitencia, de purificación, que necesitan las personas, la Iglesia y la sociedad. Cuando me pidieron que resumiera la historia del pontificado de Benedicto XVI con un episodio, recordé la Vigilia de oración durante la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid en 2011, en la gran explanada del aeropuerto de Cuatro vientos, a la que asistieron cerca de un millón de jóvenes. Era de noche, la oscuridad se hacía más densa cuando el Papa comenzó su discurso. En un momento dado, se desató un auténtico huracán de lluvia y viento. Los sistemas de iluminación y sonido dejaron de funcionar y muchas de las carpas situadas al borde de la explanada se derrumbaron. La situación era realmente dramática. Sus colaboradores pidieron al Papa que saliera y se pusiera bajo techo, pero él no quiso. Permaneció paciente y valientemente sentado en su lugar en el escenario abierto, protegido por un simple paraguas que ondeaba al viento. Toda la inmensa asamblea siguió su ejemplo, con confianza y paciencia. Al cabo de un rato, la tormenta amainó, dejó de llover y se impuso una gran e inesperada calma. Las instalaciones volvieron a funcionar. El Papa terminó su discurso y la maravillosa custodia de la catedral de Toledo fue llevada al centro del escenario para la adoración eucarística. El Papa se arrodilló en silencio ante el Santísimo Sacramento y detrás de él, en la oscuridad, la inmensa asamblea se unió en oración en absoluta calma. En cierto sentido, esta puede seguir siendo la imagen no solo del pontificado, sino también de la vida de Joseph Ratzinger y de la meta de su camino. Mientras él entra ahora en el silencio definitivo ante el Señor, nosotros también seguimos sintiéndonos detrás de él y con él.

*Presidente de la Fundación Vaticana Joseph Ratzinger - Benedicto XVI

Fallecimiento del Papa emérito Benedicto XVI

La reflexión del cardenal Schönborn

El padre del Catecismo de la Iglesia Católica

CARDENAL CHRISTOPH SCHÖNBORN

Entre los grandes legados del Papa Benedicto XVI se encuentra sin duda el Catecismo de la Iglesia Católica. En este sentido, agradezco poder relatar incluso recuerdos muy personales suyos. Es bien sabido que el Vaticano II, a diferencia del Concilio de Trento, no decidió publicar un catecismo propio. En cierto modo, los propios documentos conciliares fueron considerados el gran catecismo de la Iglesia. Veinte años después del Consejo, muchos lo

pos diocesanos, del que yo, profesor en Friburgo en aquella época, era secretario. Me parece especialmente importante subrayar la contribución del cardenal Ratzinger a esa labor. Su guía, su espíritu y su inspiración fueron decisivos. Lo primero y más importante es que realmente creía en este proyecto. Desde el primer día, hubo una agria polémica sobre el sentido que podía tener y sobre si era posible elaborar un compendio de la fe válido para todo el mundo. La pluralización de las culturas, de los modos de fe, parecía con-

los Diez Mandamientos son los marcadores seguros de una vida fructífera; el Padre Nuestro es la medida y la forma originales de toda nuestra oración. Y así es la estructura del libro sobre la fe.

La tercera indicación fue decisiva para el estilo de la obra. No se trataba de repetir

y continuar debates teológicos. Se trataba de ilustrar simple y claramente sólo la doctrina de la fe. El Catecismo no debía tomar partido entre las escuelas teológicas, sino ofrecer todo lo que precede a la teología y es la base de toda teología: el depositum fidei. Para el cardenal Ratzinger, era especialmente

importante ver la doctrina de la fe como un todo orgánico, tener en cuenta el nexus mysteriorum, la íntima conexión entre todas las enseñanzas de la fe, su sinfonía. El Catecismo no pretendía ser una estructura doctrinal árida y abstracta, sino transmitir parte de la belleza de la fe. Bajo su guía, aliento constante y

paternidad espiritual, la obra creció hasta convertirse en lo que finalmente fue tras su promulgación por el Papa Juan Pablo II: una cierta medida y orientación para la fe en nuestro tiempo. El Catecismo sigue siendo un gran testimonio de la fuerza decisiva del teólogo Joseph Ratzinger/Papa Benedicto.

Hubo una segunda aportación con la que acompañó la obra: la convicción de que los cuatro pilares clásicos de la catequesis siguen vigentes hoy en día

veían de otro modo. El sínodo de obispos de 1985 presentó entre sus proposiciones una que instaba al Papa a ordenar la elaboración de un catecismo del Vaticano II. Se habló de un compendio. Se evitó la palabra catecismo. No estaba bien formulada. Fue la desorientación ampliamente percibida del período postconciliar lo que determinó las exigencias de los padres sinodales. Un papel importante en este sentido había desempeñado una conferencia celebrada por el cardenal Ratzinger en 1983 en Lyon y París sobre "La crisis de la catequesis". Aquella conferencia tuvo un eco mundial.

El cardenal Ratzinger no sólo había abordado la crisis del anuncio de la fe, sino que también había presentado un programa sobre cómo renovar la catequesis de la Iglesia. A este respecto, se había referido al Catechismus Romanus de 1566 y a su preocupación por explicar la fe de la Iglesia sin polemizar en su belleza. De hecho, es asombroso que en una época plagada de controversias teológicas, la Iglesia propusiera una explicación de su fe que renunciaba totalmente a la polémica y se apoyaba enteramente en el poder irradiador de la representación positiva de la fe.

La conferencia de Ratzinger en Lyon y París fue sin duda un fuerte impulso que animó a los padres sinodales a pedir a Juan Pablo II que contemplara algo similar para nuestro tiempo.

En 1986, el Papa Juan Pablo II empezó a dar forma concreta a la petición del sínodo. No es de extrañar que confiara al cardenal Ratzinger la tarea de dirigir el proyecto. No es necesario que vuelva sobre los pasos de aquel viaje que duró seis años. Se creó una comisión de doce cardenales y obispos, dirigida por el cardenal Ratzinger. Se creó un comité editorial de siete obis-

trastar fuertemente con esa idea. Creyó con valentía y confianza en esa posibilidad. La unidad de la fe también hace posible una expresión común de esa unidad. Con esta premisa como guía, comenzó el trabajo.

Hubo una segunda aportación con la que acompañó la obra: la convicción de que los cuatro pilares clásicos de la catequesis siguen vigentes hoy en día. También indicó el orden: el Credo es la base desde los comienzos de la Iglesia; los Sacramentos son las puertas por las que entra la gracia en nuestras vidas;



Condolencias del CELAM por la muerte de Benedicto XVI y gratitud al gran "colaborador de la verdad"

Al recibir la noticia de la muerte del Papa Emérito Benedicto XVI el sábado 31 de diciembre -a las 9:34 a.m. de Roma-, la Presidencia del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), en cabeza de su Presidente, Mons. Miguel Cabrejos Vidarte, ha expresado a través de un mensaje sus "sentidas condolencias al Santo Padre Francisco y a todos nuestros hermanos y hermanas que han permanecido al lado del Papa Emérito, acompañándolo hasta el final en su testimonio de amor a la Iglesia".

Legado teológico y pastoral

"Ante la Pascua del Papa Benedicto XVI damos gracias a Dios por su vida y su fecundo legado teológico y pastoral, muy bien expresado en su lema episcopal: 'colaborador de la verdad'", han subrayado los obispos latinoamericanos, refiriéndose a sus tres cartas encíclicas (*Deus caritas est*, *Spe salvi* y *Caritas in veritate*), pero también a sus mensajes, homilias, discursos, cartas, exhortaciones apostólicas, que "constituye un significativo aporte a la Doctrina Social de la Iglesia y seguirá inspirando el caminar de la Iglesia latinoamericana y caribeña". En su mensaje, el CELAM ha recorda-

do, de modo especial, las orientaciones pastorales del Papa Benedicto XVI al inicio de la Conferencia de Aparecida, en mayo de 2007, cuando "nos animó a reflexionar sobre los retos de la fe cristiana en nuestro continente y a ayudar a los fieles cristianos a vivir su fe con alegría y cohe-

Alentó a la Iglesia latinoamericana y caribeña a no perder de vista que "la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza"

rencia, a tomar conciencia de ser discípulos y misioneros de Cristo, enviados por él al mundo para anunciar y dar testimonio de nuestra fe y amor".

Benedicto XVI y Aparecida

El Papa Benedicto XVI fue uno de los grandes inspiradores de Aparecida y de la 'Misión Continental' al proponer el tema de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericana-

no y Caribeño: «Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en él tengan vida (Jn 14, 6)». Este tema -afirman los prelados- "nos sigue motivando en nuestra misión evangelizadora, con la certeza de que la Iglesia tiene la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del

Pueblo de Dios". Fue el propio Papa Ratzinger quien, en continuidad con la anteriores Conferencias Generales, alentó a la Iglesia latinoamericana y caribeña a no perder de vista que "la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza".

Semilla de esperanza

En su último viaje a América Latina y el Caribe, cuando visitó México y Cuba en marzo de 2012 el Papa Benedicto XVI se reunió con los obispos del continente y les manifestó que "la Iglesia en América Latina, que muchas veces se ha unido a Jesucristo en su pasión, ha de seguir siendo semilla de esperanza, que permita ver a todos cómo los frutos de la resurrección alcanzan y enriquecen estas tierras".

De ahí que los obispos latinoamericanos, al recordar las palabras de Benedicto XVI, no olvide la importancia de "ser vigías que proclamen día y noche la gloria de Dios, que es la vida del hombre", y de estar "del lado de quienes son marginados por la fuerza, el poder o una riqueza que ignora a quienes carecen de casi todo", porque "la Iglesia no puede separar la alabanza de Dios del servicio a los hombres".

Al final de su mensaje, el Celam se une en oración con el Papa Francisco y la Iglesia universal para que "nuestro hermano Benedicto XVI goce de la presencia de Dios", implorando a la Virgen María, bajo las advocaciones de Guadalupe y Aparecida, "que nos consuele y nos ayude a ser testigos de la fe, la caridad y la esperanza".

Fallecimiento del Papa emérito Benedicto XVI

Una biografía del Pontífice emérito

Del sábado santo de 1927 a la Cátedra de Pedro en 2005

Benedicto XVI ha regresado a la Casa del Padre. La Oficina de Prensa del Vaticano ha anunciado hace unos minutos que el fallecimiento se ha producido a las 9:34 horas en la residencia del monasterio Mater Ecclesiae, que el papa emérito, de 95 años, había elegido como demora tras renunciar al ministerio petrino en 2013. "Con dolor informo que el Papa Emérito, Benedicto XVI, falleció hoy a las 9:34 a.m. en el Monasterio Mater Ecclesiae del Vaticano. Se dará más información lo antes posible", reza la nota del director de la Oficina de Prensa del Vaticano, Matteo Bruni, difundida por la mañana del día 31 de diciembre. A partir de la mañana del lunes 2 de enero de 2023, el cuerpo del Papa emérito fue expuesto en la basílica de San Pedro del Vaticano para las oraciones y el homenaje de los fieles. Publicamos, a continuación, una biografía del Papa emérito.

El cardenal Joseph Ratzinger, Papa Benedicto XVI, nació en Marktl am Inn, diócesis de Passau (Alemania), el 16 de abril de 1927 (Sábado santo), y fue bautizado ese mismo día. Su padre, comisario de la gendarmería, provenía de una antigua familia de agricultores de la Baja Baviera, de condiciones económicas más bien modestas. Su madre era hija de artesanos de Rimsting, en el lago Chiem, y antes de casarse trabajó de cocinera en varios hoteles.

Pasó su infancia y su adolescencia en Traunstein, una pequeña localidad cerca de la frontera con Austria, a treinta kilómetros de Salzburgo. En ese marco, que él mismo ha definido "mozartiano", recibió su formación cristiana, humana y cultural.

El período de su juventud no fue fácil. La fe y la educación de su familia lo preparó para afrontar la dura experiencia de esos tiempos, en los que el régimen nazi mantenía un clima de fuerte hostilidad contra la Iglesia católica. El joven Joseph vio cómo los nazis golpeaban al párroco antes de la celebración de la santa misa.

Precisamente en esa compleja situación, descubrió la belleza y la verdad de la fe en Cristo; para ello fue fundamental la actitud de su familia, que siempre dio un claro testimonio de bondad y esperanza, arraigada en la pertenencia consciente a la Iglesia.

En los últimos meses de la segunda

guerra mundial fue enrolado en los servicios auxiliares antiaéreos.

De 1946 a 1951 estudió filosofía y teología en la Escuela superior de filosofía y teología de Freising y en la universidad de Munich.

Recibió la ordenación sacerdotal el 29 de junio de 1951.

Un año después, inició su actividad de profesor en la Escuela superior de Freising.

En el año 1953 se doctoró en teología con la tesis: "Pueblo y casa de Dios en la doctrina de la Iglesia de san Agustín".

Cuatro años más tarde, bajo la dirección del conocido profesor de teología fundamental Gottlieb Söhngen, obtuvo la habilitación para la enseñanza con una disertación sobre: "La teología de la historia de san Buenaventura".

Tras ejercer el cargo de profesor de teología dogmática y fundamental en la Escuela superior de filosofía y teología de Freising, prosiguió su actividad de enseñanza en Bonn, de 1959 a 1963; en Münster, de 1963 a 1966; y en Tübinga, de 1966 a 1969. En este último año pasó a ser catedrático de dogmática e historia del dogma en la Universidad de Ratisbona, donde ocupó también el cargo de vicepresidente de la Universidad.

De 1962 a 1965 dio una notable contribución al concilio Vaticano II como "experto"; acudió como consultor teológico del cardenal Joseph Frings, arzobispo de Colonia.

Su intensa actividad científica lo llevó a desempeñar importantes cargos al servicio de la Conferencia episcopal alemana y en la Comisión teológica internacional.

En 1972, juntamente con Hans Urs von Balthasar, Henri de Lubac y otros grandes teólogos, inició la revista de teología "Communio".

El 25 de marzo de 1977, el Papa Pablo VI lo nombró arzobispo de Munich y Freising. El 28 de mayo sucesivo recibió la consagración episcopal. Fue el primer sacerdote diocesano, después de 80 años, que asumió el gobierno pastoral de la gran archidiócesis bávara. Escogió como lema episcopal: "Colaborador de la verdad". El mismo explicó: "Por un lado, me parecía que



esa era la relación entre mi tarea previa como profesor y mi nueva misión. A pesar de los diferentes modos, lo que estaba en juego y seguía estándolo era seguir la verdad, estar a su servicio. Y, por otro, escogí ese lema porque en el mundo de hoy el tema de la verdad se omite casi totalmente, pues parece algo demasiado grande para el hombre y, sin embargo, todo se desmorona si falta la verdad".

Pablo VI lo creó cardenal, del título presbiteral de Santa María de la Consolación en Tiburtino, en el consistorio del 27 de junio de ese mismo año. En 1978 participó en el Cónclave, celebrado del 25 al 26 de agosto, que eligió a Juan Pablo I, el cual lo nombró enviado especial suyo al III Congreso mariológico internacional, celebrado en Guayaquil (Ecuador), del 16 al 24 de septiembre. En el mes de octubre de ese mismo año participó también en el Cónclave que eligió a Juan Pablo II.

Actuó de relator en la V Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos, celebrada en 1980, sobre el tema: "Misión de la familia cristiana en el mundo contemporáneo", y presidente delegado de la VI Asamblea general ordinaria, celebrada en 1983, sobre "La reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia".

Juan Pablo II lo nombró prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, y presidente de la Pontificia Comisión bíblica y de la Comisión teológica internacional el 25 de noviembre de 1981. El 15 de febrero de 1982 renunció al gobierno pastoral de la arquidiócesis de Munich y Freising. Lo elevó al orden de los obispos, asignándole la sede suburbicaria de Velletri-Segni, el 5 de abril de 1993.

Fue presidente de la comisión para la preparación del Catecismo de la Iglesia católica, que, después de seis años de trabajo (1986-1992), presentó al Santo Padre el nuevo Catecismo.

El Santo Padre, el 6 de noviembre de 1998, aprobó la elección del cardenal Ratzinger como vicedecono del Colegio cardenalicio, realizada por los car-

denales del orden de los obispos. Y el 30 de noviembre de 2002, aprobó su elección como decano; con dicho cargo le fue asignada, además, la sede suburbicaria de Ostia.

En 1999 fue enviado especial del Papa a las celebraciones con ocasión del XII centenario de la creación de la diócesis de Paderborn, Alemania, que tuvieron lugar el 3 de enero.

Desde el 13 de noviembre de 2000 era Académico honorario de la Academia pontificia de ciencias.

En la Curia romana, fue miembro del Consejo de la Secretaría de Estado para las Relaciones con los Estados; de las Congregaciones para las Iglesias orientales, para el culto divino y la disciplina de los sacramentos, para los obispos, para la evangelización de los pueblos, para la educación católica, para el clero y para las causas de los santos; de los Consejos pontificios para la promoción de la unidad de los cristianos y para la cultura; del Tribunal supremo de la Signatura apostólica; y de las Comisiones pontificias para América Latina, "Ecclesia Dei", para la interpretación auténtica del Código de derecho canónico y para la revisión del Código de derecho canónico oriental.

Entre sus numerosas publicaciones ocupa un lugar destacado el libro: "Introducción al Cristianismo", recopilación de lecciones universitarias publicadas en 1968 sobre la profesión de fe apostólica; "Dogma y revelación" (1973), antología de ensayos, predicaciones y reflexiones, dedicadas a la pastoral.

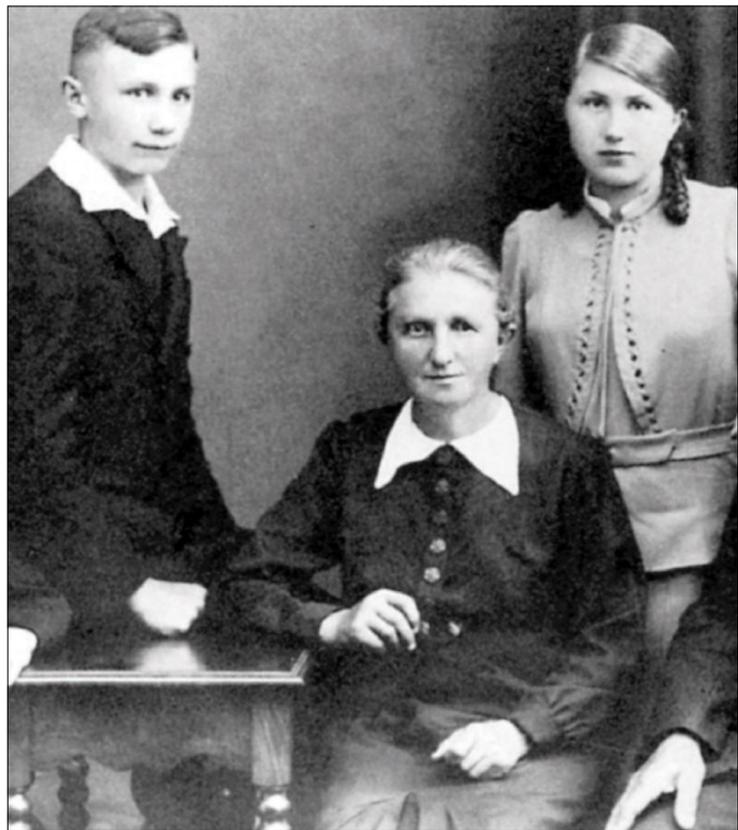
Obtuvo gran resonancia el discurso que pronunció ante la Academia católica bávara sobre el tema "¿Por qué sigo aún en la Iglesia?", en el que, con su habitual claridad, afirmó: "Sólo en la Iglesia es posible ser cristiano y no al lado de la Iglesia".

La serie de sus publicaciones prosiguió abundante en el decurso de los años, constituyendo un punto de referencia para muchas personas, especialmente para los que querían profundizar en el estudio de la teología.

En 1985 publicó el libro-entrevista "Informe sobre la fe" y, en 1996, "La sal de la tierra". Asimismo, con ocasión de su 70º cumpleaños, se publicó el libro: "En la escuela de la verdad", en el que varios autores ilustran diversos aspectos de su personalidad y su obra.

Ha recibido numerosos doctorados "honoris causa" por el College of St. Thomas in St. Paul (Minnesota, Estados Unidos), en 1984; por la Universidad católica de Eichstätt, en 1985; por la Universidad católica de Lima, en 1986; por la Universidad católica de Lublin, en 1988; por la Universidad de Navarra (Pamplona, España), en 1998; por la Libre Universidad María Santísima Asunta (LUMSA) Roma, en 1999; por la Facultad de teología de la Universidad de Wrocław (Polonia) en 2000.

Siete años, diez meses y nueve días. Fue lo que duró el pontificado de Benedicto XVI, iniciado el 19 de abril de 2005 y concluido el 28 de febrero de 2013, tras el anuncio, a sorpresa, de su renuncia al Ministerio Petrino. Un pontificado mucho más corto que el de San Juan Pablo II, el segundo más largo de la historia, pero no menos intenso, durante el cual el Papa Ratzinger realizó, entre otras cosas, 24 viajes apostólicos al extranjero; participó en tres Jornadas Mundiales de la Juventud y en un Encuentro Mundial de Familias; escribió tres encíclicas, una constitución apostólica, tres exhortaciones apostólicas; convocó cuatro Sínodos (2 ordinarios y 2 especiales); creó 84 cardenales; proclamó 45 santos y 855 beatos, entre los cuales, el Papa Wojtyła. El hilo conductor de este pontificado ha sido la voluntad de anunciar al mundo el Evangelio del Amor de Cristo, como recordado en su primera encíclica Deus caritas est, para volver a poner a Dios en el centro, en un mundo donde "la fe está en peligro de apagarse" (Carta a los obispos de todo el mundo - 10 de marzo de 2009), en la conciencia de que ello requiere la purificación de la Iglesia y la conversión de los hombres y las estructuras.



Fallecimiento del Papa emérito Benedicto XVI

Bondad, alegría y humildad

VIENE DE LA PÁGINA 1

predecesor, para el que había trabajado con denodada generosidad desde 1981, cuando fue nombrado Prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, se atribuyó automáticamente el carácter de "pequeñez", añadiendo luego también sencillez, humildad, declarándose finalmente "instrumento insuficiente". Una narrativa opuesta a la difundida durante años por los medios de comunicación de masas que lo habían retratado como el panzer-kardinal, el prefecto de hierro, cerrado en las complicaciones abstractas de la teología y, al final, por tanto arrogante en su pose e imponiéndose como el gendarme de la ortodoxia. Quienes han tenido la suerte de conocer personalmente a Joseph Ratzinger saben cuál de las dos versiones se acerca más a la verdad. Amabilidad, cortesía, delicadeza, dulzura, ligereza, humildad... ésta es la "constelación" que ha iluminado la parábola humana de Joseph-Benedict. Una humildad que también iba asociada a una forma sencilla de humor y a una ligera ironía que de vez en cuando se filtraba y golpeaba a los observadores más atentos. Sin duda, para él el humor era una virtud muy importante ("La alegría profunda del corazón es también la verdadera condición del humor y así el humor, en cierto sentido, es un índice, un barómetro de la fe") sobre todo porque está ligado a la alegría, que para el Papa emérito es la esencia de la fe. En su ensayo de teología dogmática *El Dios de Jesucristo* afirma que: "Una de las reglas fundamentales para el discernimiento de los espíritus podría ser, por tanto, la siguiente: donde falta la alegría, donde muere el humor, ni siquiera exis-

te el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesucristo. Y viceversa: la alegría es signo de gracia" y en la entrevista del libro de Peter Seewald *La sal de la tierra* lo reitera: "La fe da alegría. Si Dios no está aquí, el mundo es una desolación, y todo se vuelve aburrido, todo es totalmente insuficiente. [...] El elemento constitutivo del cristianismo es la alegría. Alegría no en el sentido de disfrute superfi-

que estaba muy unido ya que ese día coincidía con el 16 de abril de 1927, fecha de su nacimiento. En esta reflexión, titulada *La luz que nos viene de las tinieblas*, Ratzinger medita sobre el misterio de Jesús descendiendo a los infiernos, y al hacerlo pasa a liberar al hombre de su angustia más atroz: "Esta angustia, en efecto, no tiene ningún objeto al que se pueda dar un nombre, sino

El descenso de Jesús es una luz que penetra "incluso en la noche extrema en la que no penetra ninguna palabra, en la que todos somos como niños expulsados, llorando", en esta oscuridad hay "una voz que nos llama, una mano que nos toma y nos conduce. La soledad insuperable del hombre ha sido superada desde el momento en que se encontró en ella. El infierno fue conquis-

va no estaremos solos, ya podemos presagiar algo de lo que está por venir. Y en medio de nuestra protesta contra la oscuridad de la muerte de Dios empezamos a agradecer la luz que nos viene de esta misma oscuridad. El incipit de un cuento de Vladimir Nabokov habla de un caballero alemán, llamado Albinus, del que sabemos lo poco que dice la lápida, pero, escribe Nabokov, "aunque la superficie de una lápida cubierta de



En Benin (18-20 de noviembre de 2011)

cial, cuyo trasfondo también puede ser la desesperación". A un mundo "obligado" al entretenimiento porque estaba profundamente desesperado, Benedicto respondió con la alegría del Evangelio, con el anuncio de una novedad rica en luz y vida, capaz de penetrar incluso en el abismo más oscuro. Este es el tema de una de sus más bellas reflexiones dedicadas al triduo pascual y, en particular, al Sábado Santo, día al

que es sólo la expresión terrible de nuestra soledad última. ¿Quién no ha sentido la aterradora sensación de esta condición de abandono? [...] Una cosa es cierta: hay una noche en cuya oscuridad no penetra ninguna palabra de consuelo, una puerta que debemos atravesar en absoluta soledad: la puerta de la muerte. Toda la angustia de este mundo es, en última instancia, la angustia causada por esta soledad".

tado desde el momento en que el amor entró también en la región de la muerte y la tierra de nadie de la soledad fue habitada por él" y, concluye con palabras que resuenan aún más vertiginosamente hoy, si "a veces nos es dado acercarnos a la hora de nuestra última soledad, se nos permitirá comprender algo de la gran claridad de este oscuro misterio". Con la certeza esperanzada de que en esa hora de soledad definiti-

Una de las reglas fundamentales para el discernimiento de los espíritus podría ser, por tanto, la siguiente: donde falta la alegría, donde muere el humor, ni siquiera existe el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesucristo

musgo es suficiente para contener el resumen de la vida de un hombre, los detalles siempre son bienvenidos". En estas páginas aparecerán algunos detalles de la vida de Benedicto XVI, recogidos y relatados a la luz de la misma fe que animó toda su existencia, esa fe de los cristianos que saben muy bien que no hay lápida suficiente para encerrar el destino de ningún hombre. El título de esa historia es "una risa en la oscuridad": ésta es la condición de Joseph-Benedict, que ha traspasado la puerta de la muerte para vivir en esa alegría y esa luz que siguió con humilde tenacidad durante toda su vida.



"Su pensamiento agudo y educado no era autorreferencial, sino eclesial, porque siempre quiso acompañarnos al encuentro con Jesús. Jesús, el Crucificado resucitado, el Viviente y el Señor, fue la meta a la que nos condujo el Papa Benedicto, llevándonos de la mano"
(Papa Francisco, audiencia general, 4 de enero de 2023)

Francisco concluye el ciclo de reflexiones dedicado al discernimiento

La fragilidad es la verdadera riqueza de la humanidad

Es "la fragilidad nuestra verdadera riqueza" y "debemos aprender" a respetarla y acogerla, "porque, ofrecida a Dios, nos hace capaces de ternura, misericordia y amor". Así lo ha subrayado el Papa Francisco en la audiencia general de esta mañana, miércoles 4 de enero -la primera del nuevo año-, en el Aula Pablo VI. El Pontífice concluyó el ciclo de catequesis dedicado al discernimiento centrando su meditación en el tema del acompañamiento espiritual tras recordar a su difunto predecesor Benedicto XVI.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Antes de comenzar esta catequesis, quisiera que nos uniéramos a los que, aquí al lado, están rindiendo homenaje a Benedicto XVI y dirijo mi pensamiento a él, que fue un gran maestro de catequesis. Su pensamiento agudo y educado no era autorreferencial, sino eclesial, porque siempre quiso acompañarnos al encuentro con Jesús. Jesús, el Crucificado resucitado, el Viviente y el Señor, fue la meta a la que nos condujo el Papa Benedicto, llevándonos de la mano. Que nos ayude a redescubrir en Cristo la alegría de creer y la esperanza de vivir.

Con esta catequesis de hoy concluimos el ciclo dedicado al tema del discernimiento, y lo hacemos completando el discurso sobre las ayudas que pueden y deben sostenerlo: sostener el proceso de discernimiento. Una de ellas es el acompañamiento espiritual, importante, en primer lugar, para el conocimiento de uno mismo, que hemos visto que es una condición indispensable para el discernimiento. Mirarse en el espejo, a solas, no siempre ayuda, porque uno puede fantasear la imagen. En cambio, mirarse al espejo con la ayuda de otro, eso ayuda mucho porque el otro te dice la verdad —cuando es veraz— y así te ayuda.

La gracia de Dios en nosotros siempre actúa sobre nuestra naturaleza. Pensando en una parábola evangélica, podemos comparar la gracia a la buena semilla y la naturaleza a la tierra (cf. *Mt* 4,3-9). Es importante, en primer lugar, darnos a conocer, sin tener miedo a compartir los aspectos más frágiles, en los que nos descubrimos más sensibles, débiles o temerosos de ser juzgados. Darse a conocer, manifestarse a una persona que nos acompañe en el viaje de la vida. No que decida por nosotros, no: que nos acompañe. Porque la fragilidad es, en realidad, nuestra verdadera riqueza: somos ricos en fragilidad, todos; la verdadera riqueza, que debemos aprender a respetar y acoger, porque, cuando se la ofrecemos a Dios, nos hace capaces de ternura, de misericordia y de amor. Ay de las personas que no se sienten frágiles: son duras, dictatoriales. En cambio, las personas que reconocen con humildad sus propias fragilidades son más comprensivas con los demás. La fragilidad —diría— nos hace humanos. No es casualidad que la primera de las tres tentaciones de Jesús en el desierto —la relacionada con

el hambre— intente robarnos nuestra fragilidad, presentándonosla como un mal del que hay que deshacerse, un impedimento para ser como Dios. En cambio, es nuestro tesoro máspreciado: de hecho, Dios, para hacernos semejantes a Él, quiso compartir hasta el final nuestra propia fragilidad. Miremos el crucifijo: Dios que baja precisamente a la fragilidad. Miremos al pesebre donde llega con una fragilidad humana grande. Él compartió nuestra fragilidad.

Y el acompañamiento espiritual, si es dócil al Espíritu Santo, ayuda a desenmascarar malentendidos, incluso graves, en la consideración que tenemos de nosotros mismos y en nuestra relación con el Señor. El Evangelio presenta varios ejemplos de conversaciones clarificadoras y liberadoras hechas por Jesús. Pensemos, por ejemplo, en la de la Samaritana, que leemos, leemos, y siempre hay esa sabiduría y ternura de Jesús; pensemos en la que tuvo con Zaqueo, con la mujer pecadora, con Nicodemo y con los discípulos de Emaús: la manera de acercarse del Señor. Las personas que tienen un verdadero encuentro con Jesús no temen abrirle su corazón, presentarle su vulnerabilidad, su propia insuficiencia, su propia fragilidad. De este modo, su compartir se convierte en una experiencia de salvación, de perdón libremente recibido.

Contar ante otra persona lo que hemos vivido o lo que buscamos ayuda a aportar claridad en nuestro interior, sacando a la luz los muchos pensamientos que nos habitan y que a menudo nos perturban con sus insistentes estribillos. Cuántas veces, en momentos oscuros, tenemos pensamientos así: "Lo he hecho todo mal, no valgo nada, nadie me comprende, nunca tendré éxito, estoy desti-

nado al fracaso", cuántas veces se nos ha ocurrido pensar estas cosas. Pensamientos falsos y venenosos, que la confrontación con el otro ayuda a desenmascarar, para sentirnos amados y estimados por el Señor por lo que somos, capaces de hacer cosas buenas por Él. Descubrimos con sorpresa formas distintas de ver las cosas, signos de bondad que siempre han estado presentes en nosotros. Es verdad, podemos compartir nuestras fragilidades con el otro, con el que nos acompaña en la vida, en la vida espiritual, el maestro de vida espiritual, sea laico, sea sacerdote, y decir: "Mira lo que me pasa: soy un desgraciado, me pasan estas cosas". Y quien nos acompaña responde: "Sí, todos pasamos estas cosas". Esto nos ayuda a aclararlas bien y ver de dónde vienen las raíces y así superarlas.

Quien acompaña —el acompañante o la acompañante— no sustituye al Señor, no hace el trabajo en lugar del acompañado, sino que camina a su lado, le anima a leer lo que se mueve en su corazón, el lugar por excelencia donde habla el Señor. El acompañante espiritual, al que llamamos director espiritual —no me gusta este término, prefiero acompañante espiritual, es mejor—, es el que te dice: "Muy bien, pero mira aquí, mira aquí", te llama la atención sobre cosas que pueden estar pasando; te ayuda a comprender mejor los signos de los tiempos, la voz del Señor, la voz del tentador, la voz de las dificultades que no logras superar. Por eso es muy importante no caminar solos. Hay un dicho en la sabiduría africana —porque tienen esa mística de la tribu— que dice: "Si quieres ir rápido, ve solo; si quieres llegar lejos, ve acompañado", ve acompañado, ve con tu gente. Esto es importante. En la vida



espiritual es mejor estar acompañado por alguien que conozca nuestras cosas y nos ayude. Y eso es acompañamiento espiritual.

Este acompañamiento puede ser fructífero si, ambas partes, han experimentado la filiación y la fraternidad espiritual. Descubrimos que somos hijos de Dios cuando descubrimos que somos hermanos, hijos del mismo Padre. Por eso es indispensable formar parte de una comunidad en camino. No estamos solos, somos gente de un pueblo, de una nación, de una ciudad que camina, de una Iglesia, de una parroquia, de este grupo... una comunidad en camino. No vamos solos al Señor: esto no está bien. Tenemos que entenderlo. Como en el relato evangélico del paralítico, a menudo somos sostenidos y curados gracias a la fe de otra persona (cf. *Mt* 2,1-5); que nos ayuda a avanzar, porque todos tenemos a veces parálisis interiores y hace falta alguien que nos ayude a superar ese conflicto con su ayuda. No vamos solos al Señor, recordémoslo; otras veces, somos nosotros quienes asumimos ese compromiso por otro hermano o hermana. Y somos acompañamiento para ayudar al otro. Sin una experiencia de filiación y fraternidad, el acompañamiento puede dar lugar a expectativas irreales, malentendidos y formas de dependencia que dejan a la persona en un estado infantil. Acompañamiento, pero como hijos de Dios y hermanos con nosotros.

La Virgen María es maestra de discernimiento: habla poco, escucha mucho y guarda en su corazón (cf. *Lc* 2,19). Las tres actitudes de la Virgen: hablar poco, escuchar mucho y guardar en el corazón. Y las pocas veces que habla, deja huella. Por ejemplo, en el Evangelio de Juan, hay una frase muy breve pronunciada por María que es una consigna para los cristia-

nos de todos los tiempos: «Hagan lo que Él les diga» (cf. 2,5). Es curioso: una vez oí a una anciana muy buena, muy piadosa; no había estudiado teología, nada. Era muy sencilla. Y me dijo: "¿Sabe el gesto que hace la Virgen?". No sé: te mima, te llama... "No, el gesto que hace la Virgen es éste" [señala con el índice]. No entendí y le pregunté: "¿Qué significa?". Y la anciana me contestó: "Siempre señala a Jesús". Qué bonito: la Virgen no toma nada para sí, señala a Jesús. Hagan lo que Jesús les diga: así es la Virgen. María sabe que el Señor habla al corazón de cada uno, y nos pide que traduzcamos esta palabra en acciones y opciones. Ella supo hacerlo mejor que nadie, y de hecho está presente en los momentos fundamentales de la vida de Jesús, especialmente en la hora suprema de su muerte de cruz.

que entender. Dame la gracia de discernir, y dame la persona que me ayude a discernir.

La voz del Señor siempre se reconoce, tiene un estilo único, es una voz que apacigua, anima y tranquiliza en las dificultades. El Evangelio nos lo recuerda constantemente: «No temas» que bellas las palabras del ángel a María después de la resurrección de Jesús; «no temas», «no tengáis miedo», es justo el estilo del Señor: «no temas». «¡No temas!», nos repite el Señor hoy también a nosotros; «no temas»: si confiamos en su palabra, jugaremos bien el partido de la vida, y podremos ayudar a los demás. Como dice el Salmo, su Palabra es lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro camino (cf. 119,105). Gracias.

Al finalizar la catequesis, el Papa Francisco saludó a los grupos de fieles presentes, recordando como de costum-

De este modo, su compartir se convierte en una experiencia de salvación, de perdón libremente recibido. Contar ante otra persona lo que hemos vivido o lo que buscamos ayuda a aportar claridad en nuestro interior

Queridos hermanos y hermanas, terminamos esta serie de catequesis sobre el discernimiento: el discernimiento es un arte, un arte que se puede aprender y que tiene sus propias reglas. Si se aprende bien, permite vivir la experiencia espiritual de manera cada vez más bella y ordenada. Ante todo, el discernimiento es un don de Dios, que hay que pedir siempre, sin presumir nunca de experto y autosuficiente. Señor, dame la gracia de discernir en los momentos de la vida, qué tengo que hacer, qué tengo

bre la tragedia de Ucrania e invitándoles a rezar en particular por los niños que sufren la guerra. La audiencia finalizó con el canto del Pater Noster y la bendición apostólica.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos a la Virgen María, maestra de discernimiento, que nos ayude a crecer en la vida interior y a caminar, como los magos de Oriente, confiando en las mediaciones que nos guían hacia su Hijo Jesús. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

